

FBI

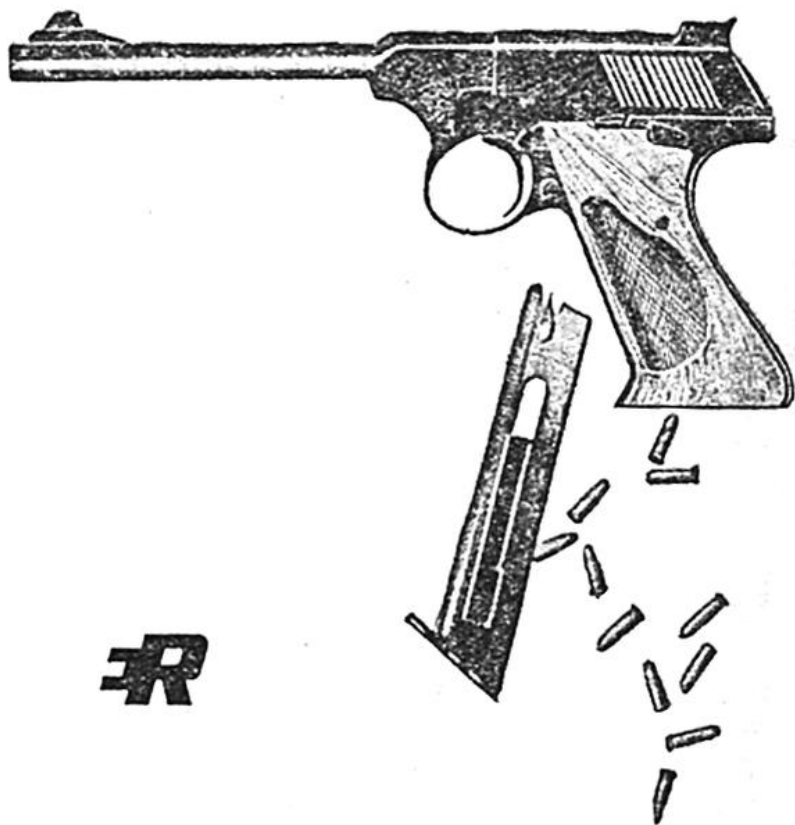
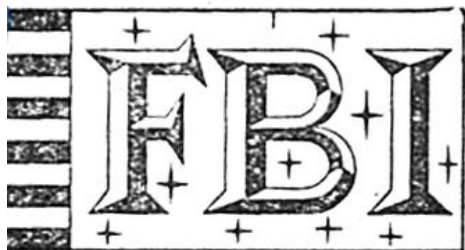
ER

1969
FRIDAY
14
PER

**DONALD
CURTIS**

**impossible
SOBORNO**





DONALD CURTIS

IMPOSIBLE SOBORNO

Primera edición
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17 Madrid-5. España.

© Donald Curtis
Derechos reservados por

EDITORIAL ROLLAN, S. A. Amaro García, 17 Madrid-5. España.

Depósito Legal: M. 21.028-1969
Printed in Spain- RAFAEL F. CARASA.
Impresor. José Bielsa, 6. Madrid 19

Últimas obras de DONALD CURTIS publicados nuestras colecciones:

Colección A. FEDERAL:

Núm. 20.—Top secret.

» 24.—Doctor Devil.

» 27.—Al filo de la noche.

» 30.—El rostro del dragón.

Colección SELECCIONES DEL F.B.I.:

Núm. 320.—Cerco de tinieblas.

Colección F.B.I.:

Núm. 811.—Siete horas.

PROLOGO

CARTER Kane supo que iba a morir.

Lo supo inmediatamente, en cuanto descolgó el teléfono.

Pero, aun así, no se volvió atrás. Tenía que hacer esa llamada telefónica, y la hizo. Sabía que era lo último que iba a hacer en la vida. Sin embargo, era preciso llevarla a cabo. Alguien tenía que hacerlo. Alguien tenía que revelar aquel secreto espantoso.

Y muy pocas personas lo conocían. Muy pocas. Solamente los interesados de forma directa. Los responsables. Y él. Especialmente, él...

Carter Kane ya no era un hombre joven. Se sentía cansado, vencido, roto por muchas cosas. Carter Kane había tenido sueños e ilusiones, como todo el mundo. Luego, la vida no se había portado mal con él. En su profesión era un hombre importante. Tenía una carrera, y la había llevado adelante con dignidad.

Dignidad... Eso fue antes. Mucho antes, no ahora.

Ahora, se sentía el más indigno de los hombres.

Ahora, sabía que ni siquiera podía contemplar a su propia hija con la vista bien alta, porque inmediatamente acudía a él aquella profunda, terrible sensación de vergüenza.

Vergüenza por lo que estaba haciendo. Por lo que había hecho. Por lo que se esperaba que hiciera.

Claro que había sido su mejor trabajo. Un trabajo amplio, insólito y completo. Un trabajo muy bien pagado. Su cuenta bancaria sabía bien de eso. Pero a costa de cuántas cosas estimables habían ingresados esos miles y miles de dólares.

No debió dejarse sobornar. Nunca. No debió aceptar dinero, venderse de aquella forma a... a aquellas gentes.

Pero el soborno era el arma sutil de los que saben manejar a las personas con la misma astucia y facilidad que si fuesen marionetas. Los hilos de oro de la fortuna, del dinero, hacen milagros. Un

hombre íntegro deja de serlo, un hombre honrado se vende. Todo ello por unos dólares, no importa cuántos.

Todos tenían un precio, y él había percibido el suyo por todo aquello. Ahora, con náuseas y horror, con asco de sí mismo, quería enmendarlo todo, rectificar cuando aún era tiempo.

Tiempo... Carter Kane sacudió la cabeza tristemente, inclinado sobre el teléfono. Tiempo no para él, ciertamente. Estaba hundido ya en el lodo, en su propia degeneración. Era solamente tiempo para otros. Para alguien que no se vendiera, para el que no se dejara sobornar, si esa persona existía.

Tiempo para que los demás llegaran adonde él no había llegado, e hicieran lo que él no había sabido hacer.

Sabía que eso era la muerte. Sabía que le vigilaban, que acaso descubrirían su llamada. No podía verles, no podía saber dónde estaban, pero los presentía. Eran implacables. Al descubrir su traición, le asesinarían inmediatamente. Sin la más mínima vacilación.

A pesar de ello, Carter Kane marcó el número. Esperó. Impaciente, tenso, con la mirada fija allá afuera, en la calle, en el exterior, oscuro y luminoso a la vez, donde las sombras de la noche rompían contra la iluminación nocturna de la ciudad.

Al otro extremo del hilo, alguien descolgó.

—¿Quién llama? —preguntó una voz.

—Un hombre que quiere hablar con Benny Miller.

—Yo soy Benny Miller.

—Pruébelo.

—Agente federal Benny Miller. ¿Basta eso?

—Sí, supongo que sí.

—¿Quién es usted?

—Carter. Carter Kane.

—He oído su nombre antes...

—Claro que lo ha oído. Yo soy la persona que puede informarle de lo que está buscando. Yo conozco el misterio de los sabotajes. Y todo lo demás.

—¿Usted?

—Sí. Escuche...

Y Benny Miller escuchó, allá al otro extremo del hilo. Y Carter Kane habló. Habló de la verdad insospechada y terrible de unos

sucesos. De unos seres, de una trama increíble...

Sabía que era la muerte. Y no le importaba.

Ahora, cuando llegaran los asesinos, él ya habría revelado a otra persona lo que sabía.

Ahora, si querían parar la máquina de nuevo, tendrían que matar otra vez. A Benny Miller, agente federal. A un hombre que no se vendía, que no se dejaba sobornar, como a él le había sucedido...

Carter Kane, ahora, se sentía feliz al colgar el teléfono. Feliz, aunque sabía que iba hacia la muerte...

CAPITULO I

LA inauguración tenía lugar aquel día.

Era una más en una larga serie de inauguraciones programadas, y ello revelaba la gran capacidad industrial de sus promotores.

En esta ocasión se trataba de una presa. Una formidable, moderna, gigantesca presa hidráulica, que se alzaba ya majestuosamente, bloqueando el mayor cauce de las aguas del Colorado. Una presa capaz de rivalizar en fuerza hidráulica con la Roosevelt Dam, la Boulder o la Coolidge.

Era una de las obras predilectas de la cadena industrial Hancox, acaso la más ambiciosa. Aquella presa, situada en un punto clave de la árida geografía de Arizona, irrigaría las tierras secas e improductivas de Gila, hasta cerca de Tucson, convirtiendo los páramos de las viejas misiones españolas en auténticos vergeles como el del propio valle de Salt River.

En suma, la nueva obra de la Hancox era de auténtico interés nacional, como antes lo habían sido los tendidos eléctricos en zonas de las altas sierras del norte del país, entre los Estados de Montana y Washington, resolviendo grandes problemas industriales y técnicos de las industrias madereras, de las grandes minas de manganeso, plata y plomo, y también de las factorías dedicadas a la distribución lechera, conservera y de hortalizas, e incluso a los formidables aserraderos de madera laminada de Olympia y Portland, muchos de los cuales debían depender de centrales propias de energía, que ahora las nuevas líneas y centrales hidroeléctricas sustituían ventajosamente, con el suministro necesario del fluido a más bajo costo.

En suma, «Hancox Industries Corporation of America», la famosa H.I.C.A., en asociación con el propio Gobierno de los Estados Unidos, llevaba siempre, a los puntos más estratégicos del gran complejo industrial norteamericano, la ayuda inapreciable de una

central eléctrica, de una presa, de unas factorías o de una coordinación de esfuerzos y productos industriales, para favorecer el desarrollo de vastas empresas naturales del país.

Esta nueva inauguración, la de Gila, en una de las zonas más tumultuosas del Colorado, pero también completamente inútil para la agricultura y la producción de energía eléctrica, formaba la fase final de una primera serie de inauguraciones. Estaban programadas en la gran central de la H.I.C.A. de Nueva York, rascacielos destinado a la poderosa cadena industrial, una serie de nuevos progresos para años sucesivos. Progresos aprobados por el Departamento de Industria y Desarrollo del Gobierno federal, que llevaría igualmente una prosperidad manifiesta a una serie de importantes sectores de la nación, desde la costa atlántica a la del Pacífico, y desde la frontera de Canadá a la de Méjico.

La Presa Gila, como la denominaba la Hancox, tenía su inauguración aquel caluroso día de junio, y una eran multitud, en su mayoría beneficiarios del nuevo plan hidroeléctrico de la cuenca del Gila River, al sur de las plantaciones algodoneras y de las jugosas hortalizas de Salt River, se reunía ante la enorme masa de cemento y hormigón que formaba la pared de la presa a punto de ser inaugurada.

Asistían importantes personalidades del país, autoridades de Arizona, California y de la capital washingtoniana, en representación éstas del Gobierno federal, muy interesado en el desarrollo de las iniciativas privadas de la gran financiera industrial Hancox.

Y, naturalmente, asistía el propio Seymour Robert Hancox, presidente y principal accionista de la empresa, cabeza rectora, de la gran promotora industrial.

Con Seymour Robert Hancox, o S.R. Hancox, como se le conocía popularmente en el mundo de las altas finanzas, iban sus hijos. Sus dos únicos hijos, Amos y Leilah Hancox.

Y también, naturalmente, el gran cerebro de la industria, el vicepresidente de la misma, hombre de confianza de Hancox «sénior», director general de todas las empresas coordinadas de la H.I.C.A. y, a la vez, prometido oficial de Leilah Hancox, el joven, ambicioso e inteligente Howard Prentiss. Alguien le había calificado en Washington —y también en Nueva York, sede de la poderosa

entidad— con el sobrenombre de Howard «Brain» Prentiss [1]. Y con bastante acierto, desde luego.

A la inauguración asistía también un invitado excepcional, que no estaba en ninguna tarjeta oficial, ni en las listas de la empresa, del Gobierno o de los círculos autorizados.

Acostumbraba a ser un invitado que no esperaba a ser solicitado, sino que se invitaba a sí mismo y hacía acto de presencia a su propio antojo, en cualquier circunstancia y lugar.

Ese invitado era la muerte.

Y a la muerte nadie la esperaba allí, en Gila Dam.

Pero allí estaba.

* * *

El hombre no tenía nada notable en su aspecto.

Vulgar hasta la exageración, tanto en sus ropas como en su apariencia toda. Desde su sombrero color gamuza, ligero y veraniego, ideal para protegerse del crudo sol del mediodía de Arizona, allí ante la Presa Gila, hasta sus zapatos polvorientos, pasando por su americana de hilo color crudo, su pantalón color avellana, también ligero y cubierto de arrugas, el rostro sudoroso, curtido, de leve sombra de barba, y las gafas de sol, que protegían las pupilas del fuerte reflejo solar en las aguas, en las pancartas blancas con alusiones a la importancia de aquella obra de interés vital para la zona, y también en la blancura de los pilares que daban acceso a la ruta asfaltada que corría sobre la presa, entre los cuales se extendía aún la cinta estrellada y barrada que sería cortada, en la inauguración, por las centelleantes tijeras que empuñaría el promotor de aquella magna obra, el propio Seymour Robert Hancox.

El hombre era uno más entre los asistentes a la inauguración. Sus ojos azules, tras las gafas, escudriñaban la gran mole maciza, sólida y agresiva de la presa que en breve quedaría inaugurada, lanzando torrentes de agua espumosa, violenta, hacia la central hidroeléctrica y los surcos de riego agrícola, sedientos de agua para convertir muchos yermos de Arizona en próspera tierra productora de frutos y hortalizas, de vegetación y riqueza.

Consultó su reloj. Eran las doce menos veinte minutos. Sólo en esos veinte minutos la inauguración sería un hecho. La cinta caería

bajo el filo de las tijeras del todopoderoso S.R. Hancox, típico producto del gran capitalismo norteamericano, próspero e inversionista, enriquecido a fuerza de enriquecer a los demás con obras como aquélla.

Arriba, en un estrado, entre la bandera estrellada y barrada de la Unión y la medio azul, medio rojo y amarilla —en haces de luz— de la poco unionista bandera de Arizona, con su solitaria estrella separatista en el centro, evocando la «Lone Star» tejana, estaban los tres Hancox, padre e hijos, y el «cerebro», la «materia gris» de la gran sociedad industrial y financiera de Manhattan, el joven, activo, ambicioso, astuto y capacitado Howard Prentiss, con su estatura de gigante, rubio y atlético como un vikingo, dominante como un superhombre de una nueva era donde el dinero, el dólar, la fortuna y el poder eran lo más importante para todos los hombres de la Tierra.

El hombre de ojos azules y gafas de sol, de traje arrugado, sombrero ligero y zapatos polvorientos, caminó entre la multitud. Se detuvo a beber un refresco de cola, dulzón y pegajoso, en un puesto de bebidas. Pasó de largo ante tenderetes portátiles de «hot-dogs», «hamburgers» y todo eso.

Se detuvo cerca de un grupo de nativos de aquel sector de Arizona, indios en su mayor parte, o descendientes de indios en su gran mayoría. Rostros ascéticos, duros y curtidos, rasgos firmes, macizos, cincelados por siglos de existencia, de dolor y de renunciaciones, desesperanzas y humillaciones. Les estudió largamente, en silencio, y pasó ante ellos como había pasado ante los alimentos calientes y aromáticos, capaces de abrir el apetito. Sin detenerse a penetrar más o fondo. Pensando acaso que aquellas gentes merecían la gracia del progreso, el avance de la industria, el beneficio supremo del agua que convirtiera sus yermos y sus secanos en vergeles y regadíos.

Luego, levantó la cabeza. Miró al cielo, azul y límpido, terso hasta parecer una caliente lámina de acero suspendida sobre sus cabezas. Ni una nube, ni un alivio para el crudo sol que se derramaba por la planicie, sobre el río y la presa, sobre las gentes y los campos calientes y secos.

Un gran torreón, con las banderas de la Unión y de Arizona, se alzaba allí, como anunciando en muchas millas a la redonda el

lugar del acontecimiento. Unas chicas arrevestadas bailaban alrededor, exhibiendo sus bronceadas piernas, mostrando pancartas con los nombres de Hancox, del gobernador de Arizona, del senador demócrata y republicano por aquel Estado y del propio presidente de los Estados Unidos. Una banda militar comenzó a emitir las notas marciales de «Stars and Stripes Forever».

El hombre del arrugado traje claro se detuvo. Encendió un cigarrillo con parsimonia. Y al apagar el fósforo, que tiró al suelo, sus ojos se encontraron con la muchacha color púrpura.

Pestañeó, sorprendido. Miró con renovada curiosidad a la figura femenina, pero ésta se había mezclado ya con la multitud. La siguió, curiosísimo, lleno de intriga.

Era púrpura, estaba seguro. Naturalmente, no su piel. En ese caso hubiera sido una especie de monstruo. Y ella era muy hermosa, muy atractiva para pensar en un monstruo ni por asomo.

Tenía, sencillamente, el cabello púrpura. De un púrpura intenso, brillante, como si estuviera confeccionado con hilos de un hábito cardenalicio. Y ese color rutilante, intensamente purpúreo, se repetía en su pantalón ceñido, que remataba con blancas botas de piel de charol, su chaleco de ante, sobre la blusa blanca, sedosa. Púrpura las ropas, púrpura el cabello, púrpura sus largas uñas brillantes...

La muchacha de púrpura había desaparecido repentinamente en medio de la multitud. Solamente a ráfagas descubrió un mechón ondeando, de vivo tono purpúreo.

Lo siguió. No porque ella tuviera ese color, entre rubí y violeta intenso en sus cabellos y ropas, en sus uñas, le interesaba la joven. Era, sencillamente, porque había creído descubrir en ella algo diferente al resto de las personas presentes en la inauguración.

Había creído captar una sensación especial en sus ojos grandes, dilatados, cuyo color no supo percibir desde aquella distancia. Una expresión extendida también a la pálida faz hermosa y dulce.

Terror.

Una viva, latente sensación de terror interno, mal disimulado. La muchacha del pelo púrpura estaba aterrorizada.

¿Por qué?, se preguntó interiormente el hombre de ropas arrugadas y gafas de sol.

La búsqueda se le hizo difícil. Se alejó paulatinamente del

estrado que presidía el lugar, de las gentes más próximas a la cinta de inauguración, de la guardia de Arizona, formada en espera del momento solemne. Siempre en busca de la muchacha con gesto de miedo y cabellos color de púrpura.

La vio al fin allá lejos, corriendo hacia la carretera general, acaso hacia el autobús que iba a salir en breve de regreso a Gila Bend, prácticamente de vacío, puesto que todo el mundo iba a la presa, y nadie regresaría a la ciudad hasta terminada la ceremonia inaugural.

Corrió ahora por la llanura, en dirección a ella. La joven miró repentinamente atrás. Le vio, observó que la seguía, y lanzó un ronco grito, acelerando su carrera. Las elásticas piernas enfundadas en el pantalón púrpura se desplazaban con celeridad considerable. Las botas de blanco charol sabían correr con una seguridad asombrosa, igual que si la joven de hermosa melena violácea fuese una auténtica atleta sobre una pista de carreras.

—¡Eh, espere!—gritó el hombre—. ¡No huya! ¡Aguarde un momento!...

Estaba dándole alcance por momentos, pese a la capacidad velocística de la joven desconocida. Ni siquiera sabía quién era ella ni lo que hacía allí, ni por qué huía, ni hacia qué podía sentir miedo. Pero, evidentemente, algo existía que provocara todo eso. Algo que él quería descubrir, aunque tampoco tuviera razón determinada alguna para ello, salvo sus leves, personales, íntimas sospechas sobre algo. Algo que estaba ocurriendo o que podía ocurrir allí mismo, en aquel día triunfal y alegre de una inauguración de gran alcance industrial, técnico y humano.

Ella aceleró aún más su carrera, ante la sorpresa del seguidor, que no lograba comprender aquella celeridad pasmosa en los pasos elásticos, agilísimos, felinos, de la hermosa desconocida.

Ya estaba cerca de la carretera general, cerca del autobús de línea que iniciaba su regreso a Gila Bend, cuando apareció la avioneta en el aire.

Levantó el hombre los ojos, con repentino sobresalto. El ronquido del motor del avión le llegó claramente, surgiendo de detrás de las suaves, verdeantes lomas que separaban aquella zona del feraz sector agrícola del Valle de Salt River.

Era una avioneta particular, pintada de negro y azul a franjas.

Ronroneó, subiendo sobre la planicie llena de público, como si estuviera tomando fotografías. Y, evidentemente, así debía de ser, porque de su cola partía una ondeante estela, un escrito publicitario, en deslumbrantes, fluorescentes letras amarillas, muy visibles sobre el azul del cielo:

«EL ESTADO DE ARIZONA SALUDA A HANCOX Y AL PROGRESO»

La avioneta sobrevoló la muchedumbre, descendiendo en altura y describiendo un amplio círculo.

La joven miraba con terror hacia las alturas, como si esa avioneta significara algo siniestro, e incluso fue tal su temor, su preocupación, que tropezó en algo y cayó de bruces, dando tumbos sobre la tierra seca, entre matorrales de artemisa.

En el suelo, aún se preocupó de mirar hacia arriba, hacia el cielo, hacia la avioneta negra y azul, sin preocuparse de sí misma ni del polvo que ensuciaba sus ropas, y la sangre que, súbitamente, brotaba de un corte, un rasguño producido en las piedras calientes, al chocar contra su rostro, en la mejilla izquierda.

El rostro reveló terror. Terror hacia el cielo, terror hacia la avioneta azul y negra.

Entonces, el hombre de las gafas de sol, del traje liviano, arrugado, supo que su presentimiento había sido justo. Supo que estaba en lo cierto. Ella sabía algo.

Ella tenía miedo de la avioneta. Ella tenía miedo de algo que podía venir del cielo. Ella huía de lo que sabía que existía en alguna parte, quizá no muy lejos de ella.

Y él, precisamente él, sabía que ese terror era justificado. Que existía motivo para temer algo que viniera del cielo...

—¡Usted, espere!—aulló, tratando de correr nuevamente hacia ella—. ¡Espere, señorita, quienquiera que sea! ¡Yo sé lo mismo que usted, yo quiero hablarle de todo eso que le asusta!

Nunca supo si ella le había oído. Era imposible saberlo, porque la avioneta, tras sobrevolar la multitud, volaba hacia ellos nuevamente, ondeando al aire quieto de la mañana su rótulo de salutación en el viento, dirigido a Hancox y al progreso técnico de Arizona.

El motor, su ruido continuado, ronco, insistente, irritante,

parecía ahogarlo todo. La avioneta aún descendió más y más...

Y, de repente, el hombre de las gafas oscuras, de los ojos azules, de las ropas veraniegas arrugadas, del sombrero color gamuza liviano, comprendió con horror lo que sucedía.

La avioneta volaba directamente hacia él. El piloto de aquel aparato pequeño, privado, alquilado al parecer para unirse al concierto populachero en torno a la inauguración, estaba moviéndose en su dirección, como un halcón que, centelleante, veloz, ávido y sanguinario, viniera como una flecha desde al aire, para aniquilarle.

El aparato perdía altura, picaba hacia él, resueltamente. Corrió, en zig-zag, tratando de buscar un refugio, algún sitio donde esconderse del insólito acoso. Vio en la distancia una zanja profunda, entre matorrales de artemisas y chollas. Pero era demasiada distancia. También descubrió que a la muchacha del pelo púrpura no se la veía ahora.

La avioneta picaba más abiertamente hacía él. Corrió, acelerando su marcha, zigzagueando más que nunca. Pero era inútil todo. Nadie puede competir en velocidad, con sus pies en el suelo, frente a un avión en marcha, cuyo piloto tiene la mira de anticiparse a ese desesperado peatón.

Y así sucedió esta vez también. La avioneta zumbó sobre la cabeza del hombre de ropas claras, que parecía correr absurda, estúpidamente, sin la menor justificación, alejándose del punto donde se iba a celebrar la inauguración de la Gila Dam.

De súbito, entre el ruido del motor y de la banda militar, que ahora tocaba un marcial ritmo patriótico, se mezcló otro sonido más espasmódico, seco, cortante, espaciado, rítmico y terrible.

El sonido de una ametralladora desde el aire.

Fueron ráfagas de balas disparadas desde la avioneta albinegra, como un ramalazo de muerte. Un ramalazo que llegó inevitablemente hacia el hombre de ropas rugosas. Que le batió, sacudiéndolo como a un muñeco inarticulado. Rodó por el suelo polvoriento, lejos aún de la zanja salvadora. Un nuevo rosario de balas, llovido desde la avioneta, le estremeció en tierra, entre nubecillas de polvo, allí donde otros proyectiles se hincaban en el suelo.

La sangre empezó a brotar en rojo florecer sobre las ropas y el

rostro del caído. Sus labios se llenaron de sangre, de burbujas escarlata. Volteó en el árido terreno, una vez más, para terminar inmóvil, de costado, corriendo de su cuerpo acribillado la sangre en regueros carmesí.

La avioneta sobrevoló el cuerpo caído. Su sombra alada pasó sobre él como la de un buitre monstruoso, metálico, de rígidas alas. Se perdió en la distancia, ondeante tras su cola el rótulo de salutación alegre y rabiosamente amarillo.

Abajo, en el suelo, quedó el hombre, con sus gafas rotas, caídas del rostro. Los ojos vidriados, abiertos miraban al azul de la bóveda celeste.

La muerte había hecho acto de presencia en la inauguración oficial de la Presa Gila. Pero poca gente se dio cuenta de ello. Prácticamente nadie, hasta que hubo pasado mucho tiempo; y entonces nadie pudo relacionar la avioneta albinegra con aquella muerte trágica, violenta, acaecida lejos del lugar de la inauguración oficial.

El único testigo que pudo haber hablado no estaba ya allí. El único personaje que sabía que la avioneta negra y azul había asesinado al hombre de las gafas oscuras, estaba ahora lejos, oculta donde nadie pudiera descubrirla.

Ese testigo era una mujer. Una mujer de pelo púrpura.

CAPITULO II

LESTER Granger se detuvo ante la puerta de lujosa madera bruñida, tersa y espejeante. Leyó el rótulo sobre una placa de metal dorado:

«RICHARD LEWIS MARSH»

Solamente eso. Ninguna otra mención. Lester Granger sonrió. Aunque hubiera querido, Richard Lewis Marsh no hubiera podido poner otra cosa en su puerta. No era fácil que una persona se dedicara a redactar sus tarjetas de visita con la mención profesional de «verdugo», «espía», «saboteador», «agente secreto» o cosa parecida.

Ese era el caso de Richard Lewis Marsh. Posiblemente no se le podía llamar verdugo. Ni espía. Ni saboteador. Ni siquiera agente secreto. Pero, en si fondo, era una mezcla de todo eso, y él lo sabía.

Pulsó el llamador. Esperó un rato Tuvo que llamar otra vez. La puerta se abrió por fin. Una hermosa joven morena, de grandes y rasgados ojos oscuros, de hermosísima figura color bronce, ataviada con una ligera indumentaria blanca, de minifalda sobre medio muslo y de blusa profundamente escotada sobre unos pechos macizos y fuertes, se enfrentó a Lester Granger, que no silbó de pura admiración varonil porque eso no hubiera estado nada bien en un hombre con su cargo dentro del Departamento de Justicia.

—Buenas tardes—saludó la joven morena, con voz afable, dulce, cálida y profunda—. ¿Qué desea, por favor?

—Ver a Richard Lewis Marsh—dijo Granger con cierta sequedad.

—Lo siento, señor. El señor Marsh no está visible. No es su hora de visitas.

—Al diablo con eso—rezongó Granger—. No necesito someterme a esos horarios. Entréguele esta tarjeta. Y dígame que es urgente...

Le tendía una cartulina impresa, que ella tomó, respetuosa, entrando en la vivienda con la tarjeta de visita, tras hacer pasar a Granger al recibidor.

—Siéntese, por favor—invitó la morena de amplias curvas, con una sonrisa cortés—. Pero no le prometo nada.

—No hace falta. Usted dígame eso, y será suficiente. La espero.

Ella se alejó por un corredor de lustroso suelo. Lester Granger se acomodó en una confortable butaca, junto a una planta de palmas amplias y frondosas, artificiales a pesar de su apariencia de naturalidad.

Todo allí dentro era suntuoso, de lujo exuberante. Como entrar en el palacio de un magnate o en la residencia de un aristocrático millonario oriental. Granger no entendía mucho de arte, pero estaba seguro de que los Matisse, Renoir y Modigliani de los muros eran todos ellos auténticos, obras legítimas de sus autores, y no simples copias o reproducciones.

También estaba seguro Granger de algo más. Aquellas pinturas al alcance de cualquiera, de elevado valor en cualquier mercado mundial, serían prácticamente intocables por cualquiera, porque cada una de ellas tendría un sistema especial de alarma que detectaría inmediatamente cualquier intento de robo. Y quien intentase robar algo dentro de la vivienda de Richard Lewis Marsh, podía darse por perdido. Jamás podría escapar de allí, si es que Granger conocía un poco bien a Marsh, cosa de la que el visitante se sentía bastante seguro.

La hermosa morena de la corta falda de seda blanca sobre los muslos bronceados volvió poco después, con su más obsequiosa sonrisa en los labios carnosos, rojos y húmedos.

—Mi jefe, el señor Marsh, le recibirá inmediatamente—indicó ella—. Pase, por favor, señor Granger...

Evidentemente, para ella, el hecho de ser recibido fuera del horario normal por un hombre de la condición de su jefe, significaba que el visitante era alguien de cierta importancia, lo cual merecía la concesión de un trato preferente.

Granger siguió a aquella estatua de carne vibrante, firme y elástica por el corredor lateral, entre tapices orientales, posiblemente tan legítimos y valiosos como los cuadros del recibidor.

Al final del pasillo, una puerta de espesos cortinajes de terciopelo rojo, daban acceso a una cámara decorada en el más puro y exquisito estilo japonés, con mesas laqueadas, biombos esmaltados, con figuras miniadas, con diversidad de polícromos cojines en torno a las mesas bajas, casi a ras del suelo. Desde los muros, samuráis y «gheisas», pagodas y cumbres nevadas, almendros y puentes arqueados sobre los ríos, formaban deliciosos motivos eternos del arte japonés.

Aquel ambiente tenía sabor, gracia y delicadeza. Era un clima de auténtico «dilettante» del gran mundo. Como si su propietario hubiera puesto en él la exquísitez de unas aficiones y unas preferencias refinadas, muy lejos de la tosquedad que ofrecía aquel hombre recio, nervudo y no bien trajeado, pese a lo flamante de sus ropas, que era Lester Granger.

Por ello, Granger se movía inquieto, recordando los movimientos de un pez fuera de su líquido elemento. Husmeó todo, pensativo. Arrugó el ceño e hizo un solo comentario:

—Extravagante... Este Marsh es extravagante, por todos los diablos.

—Cuidado, inspector Granger—avisó una voz, surgida de nadie sabía dónde, y que hizo dar un respingo violento al visitante—. He escuchado perfectamente sus comentarios sobre mi persona.

—¿Eh?—Granger miró alrededor, receloso, desde los ojos del dragón que reptaba por un biombo de papel, hasta la gracia de una «gheisa» paseando bajo su sombrilla, a la sombra de un Fuji-Yama a estilizado e ideal—. ¿Dónde está metido, Marsh?

—Aquí, inspector—rió la voz surgida de la nada.

Giró un panel laqueado, sobre unos invisibles goznes sin ruido, y apareció Richard L. Marsh, con la sonrisa amplia. Se inclinó ceremonioso ante el sorprendido Granger.

—Vaya, ¿esto forma parte de sus trucos? —se quejó Lester Granger, malhumorado, contemplando el juego de paneles que introducía en la habitación al hombre que hablara antes sin ser visto.

—Simple juego, inspector —comentó él trivialmente—. Me divierten estas cosas, aunque naturalmente no las tomo en serio. Lo divertido es ver el gesto de mis visitantes.

—Sobre todo el mío, ¿no es cierto?

—Sobre todo el suyo —asintió, riendo, Marsh.

—Supongo que se cree por encima de disciplinas y de respeto a sus superiores, sólo porque es como un pequeño mandarín en... este lugar.

—Usted sabe que no —el gesto de Marsh se tornó grave, aunque en sus ojos oscuros y vivaces seguía chispeando la lucecilla de la ironía—. Nada me puede hacer sentir más respeto que esa disciplina de que habla. Sencillamente, soy así y usted lo sabe.

—Disculpe, Marsh —terminó por sonreír Granger, tendiéndole la mano—. Creo que es su casa y su sentido del humor lo que termina por ponerme siempre nervioso. ¿Cómo van esas vacaciones?

—Admirablemente, se lo aseguro.

—Puedo imaginarlo. He visto a su joven amiga y...

—¿Hazel? No es mi amiga, inspector, no sea mal pensado. Es solamente mi secretaria.

—¿Con ese uniforme... y esas curvas? —comentó Granger, irónico.

—Bueno, nada puedo hacer por limar sus curvas. La muchacha nació así, y en cualquier caso es un recreo para la vista. En cuanto a su ropa, lleva la que le gusta llevar, y se adapta a las modas más recientes. Es un modelo francés de alta costura. Yo nada puedo oponer, porque me gusta que quienes me rodean vivan a gusto y sigan los dictados de su propia predilección. Aparte todo eso, le aseguro que Hazel es un eficiente secretaria, inteligente y aguda. De otro modo, no trabajaría conmigo.

—Es el primer agente federal que tiene secretaria particular, al menos que yo sepa. Y que vive como un sultán —añadió Granger, sacudiendo la cabeza con desaliento—. Cielos, ¿por qué sigue en esto, Marsh? Con su dinero, podría vivir como un rey toda su vida, sin necesitar para nada de su sueldo con el F.B.I., ni tener que abandonar esta vida once meses al año, para estar metido en una tarea como la nuestra.

—Mi querido inspector, usted sabe bien que eso no sería lo que podría hacerme feliz en modo alguno —suspiró Marsh, paseando su alta, atlética y esbelta figura hasta los cojines, donde se acomodó, a la usanza japonesa, invitando a Granger a hacer lo propio—. Richard Lewis Marsh, el millonario, es una persona. Dick Marsh, es otra persona. Ambas bajo la misma piel y con idéntica envoltura.

No puedo evitar eso. No tenemos nadie el don de desdoblarnos en otro distinto. Siempre fui Dick Marsh para usted, para los compañeros, para el F.B.I., para todo el mundo. Un muchacho que trabajó para pagarse una pequeña carrera, simplemente para graduarse en la «High School» y elegir luego su camino en la vida.

—Y eligió ser agente federal.

—Y elegí ser agente federal, es cierto —sonrió el rostro enjuto, firme, como cincelado en metal, de Dick Marsh—. Me gustó la emoción del riesgo, de la aventura, todo eso que ilusiona a los muchachos. Siempre tuve espíritu de muchacho, y creo que en cierto modo aún lo conservo.

—Sí, también yo lo creo —comentó Granger, mirando significativamente en torno.

—Bien, inspector. Seguí esa ilusión y me hice federal. Debo confesarle que me gustó, aunque al principio no fuera tan emocionante como yo pensaba, metido en aquella oficina, clasificando fichas y archivando «dossiers». Luego llegó mi primera misión, y ya fue otra cosa.

—Usted la desempeñó brillantemente. Y ya no dejó de estar siempre en activo, con misiones arriesgadas y difíciles, Marsh.

—Es cierto —convino él, pensativo—. Después, cuando todo parecía ya encarrilado en mi vida..., surge mi olvidado pariente de Sudamérica, con su muerte inesperada, con sus minas de diamantes y todo eso. Y heredo una fortuna increíble. Repentinamente, me convierto en Richard Lewis Marsh, millonario. Eso no era justo. Yo nunca ambicioné una fortuna. Pero ahí estaba, y tenía que admitirla como venía. Era el gran deseo de mi pariente fallecido. Nunca se había portado nada bien con mis padres ni conmigo, y al morir habló de que solamente si yo no rechazaba su herencia, él descansaría tranquilo en la eternidad, convencido de que ello significaba el perdón para sus errores.

—Y entonces, cuando pudo haber dicho adiós al F.B.I...., decide continuar en él.

—¿Por qué no, inspector Granger? ¿Hay algún reglamento que impida a un millonario continuar siendo policía, después de obtener esos millones legal y honradamente?

—Por supuesto que no. Ya hubo bastante revuelo con esto entonces. Ahora, usted es el federal más rico de la nación, el policía

más potentado del mundo. Pero a uno, aun siendo su jefe, le produce cierto desasosiego darle órdenes a un hombre así.

—No creo que a usted le cueste trabajo darme órdenes por ninguna circunstancia —rió de buena gana Marsh—. Lo que ocurre es que a veces sufre complejos, sobre todo si estoy de vacaciones y viene a mi casa. Usted sabe que esto es precisamente para eso: para mis vacaciones. El resto del año vivo sobriamente en una casa de la ciudad, sin lujos ni fantasías, acudo puntualmente a mi oficina, cumpla las misiones encomendadas, y nadie puede sospechar, al verme, que posea tantos millones en el Banco.

—Eso es cierto, Marsh. ¿Tanto le gusta ser policía?

—Me gusta ser algo, inspector —habló él gravemente—. Lo que sea, pero algo. No soportaría vivir como un parásito, pegado a mi dinero, vegetando toda la existencia entre lujos y caprichos. El hombre ha de hacer algo, ha de poner su ilusión y su estímulo en alguna cosa que llene realmente su vida. Yo lo encontré. Soy agente del F.B.I, por vocación. Amo ese trabajo. ¿Qué más puedo desear? No renuncié a mi fortuna. ¿Por qué había de renunciar a mi trabajo, a mi vocación, a mi destino real en la vida?

—Extraño personaje es usted, Marsh. Y lo cierto es que sigue siendo tan eficaz con sus millones como antes de tenerlos —suspiró Granger—. Si yo contara esto alguna vez a los reporteros, no se lo creerían. Para ellos, usted tiene algún dinero, pero nadie sospecha a cuánto asciende ese dinero.

—Tengo derecho a guardar esos datos para el Fisco —rió Marsh—. A fin de cuentas, con ellos sí que tengo que ser sincero, siquiera sea porque pertenecen a mi oficina.

—Incorregible —soltó Granger también la carcajada—. Marsh, usted terminará un día por volverme loco. Entre todos los inspectores federales del país, ¿por qué tuve que ser yo, precisamente yo, quien se encontrara con un subordinado como usted en su camino?

—Privilegios de un afortunado —se mofó Marsh, risueño. Luego, repentinamente, su mirada se hizo más grave y profunda—. Pero usted no ha venido a mi casa para hablarme de esas cosas, ¿verdad? No es de las personas que gustan de hacer visitas de rutina o de pura relación social.

—Es cierto —admitió Granger—. No vine a eso.

—¿A qué, entonces?

—Verá, Marsh... —empezó a dar vueltas entre sus manos al sombrero, sin saber por dónde salir.

—Vamos, hable sin rodeos. Es mi superior. ¿O es usted quien va a olvidarlo?

—No es eso, Marsh. Usted me conoce en la oficina. Allí me olvido de su fortuna, de su independencia y de todo, para ser su jefe, tan rígido con usted como con los demás. Pero ahora está de vacaciones, ha pasado últimamente por tres misiones muy difíciles y peligrosas y...

—Termine, inspector. Cuanto más tarda, más me asusta usted.

—Bien, no es justo que venga ahora a importunarle con... con una cosa así.

—Si de veras vino a importunarme, lo está haciendo, sea justo o no. Termine de hacerlo, y al menos sabré en qué consiste esa molestia.

Granger respiró con fuerza y soltó la frase:

—Han matado a Miller.

Hubo un silencio. Todo rastro de ironía, de cordialidad, de jovial sentido del humor, se borró del rostro atractivo, duro y enérgico del joven Dick Marsh, el federal millonario.

—¿Miller? —preguntó roncamente—. ¿Benny Miller?

—Sí, claro. Solamente teníamos un Miller en el Departamento.

—Benny Miller... muerto —sacudió la cabeza Marsh—. No, no puedo comprenderlo. Ni admitirlo siquiera...

—Pero sucedió. Le mataron.

—¿Cómo?

—De un modo raro.

—¿Raro? ¿A qué llama raro, inspector?

—Le acribillaron a balazos. Con una ametralladora, Marsh.

—¿Y eso es raro?

—Hay un testigo. Utilizaron un avión. Una avioneta, mejor dicho.

—Una avioneta... Sí, eso sí es raro. Siga. ¿Qué más sucedió?

—Era en la inauguración de la Presa Gila, en Arizona. Miller estaba allí con una misión. Había informado recientemente por teléfono. Tenía una pista de algo, la confidencia de alguien. Dijo que era algo asombroso, pero no añadió más. Nos lo explicaría si

podía confirmarlo. Asistiría a la inauguración de la presa y luego se pondría en contacto con nosotros en cuanto comprobase el informe recibido.

—¿Fue todo?

—Fue todo. Nunca más informó de nada. Le mataron cerca de la presa. Una avioneta descendió, acribillándole. Era una de esas avionetas que utilizan para propaganda. Al parecer, el ruido de la multitud, el motor del aparato y la música que tocaba la banda, emitida por una serie de amplificadores, ahogó bastante los disparos. De no haber un testigo, no sabríamos siquiera cómo sucedió.

—¿Quién es el testigo?

—Un mestizo de piel roja. Vendía bolsas de alimentos en la inauguración. Lo vio desde su puesto. Se llama Hank Hawk. No parece tener motivo alguno para mentir. Además, los expertos coinciden. Las balas tienen un ángulo de entrada muy acentuado. Vinieron de arriba. Muy de arriba. Casi en vertical sobre Miller.

—Supongo que algo estaría haciendo en la presa del Gila.

—Sí, desde luego. Pero lo que ello fuese se lo llevó consigo a la eternidad, Marsh. No sabemos nada de nada.

—Espere, inspector. Tal vez no me expresé yo correctamente. Estaría allí por un «motivo concreto». ¿Qué misión le había sido asignada, que le llevó, de un modo u otro, a la Presa de Gila?

—Eso es lo que me preocupa, Marsh. Sabotajes.

—¿Qué? —pestañeó Dick Marsh.

—Sabotajes. Se están cometiendo muchos últimamente, dentro de territorio norteamericano. Miller tenía la misión de investigar esa cadena de hechos que han perjudicado últimamente a intereses privados y también a la buena marcha de nuestro país. Hay un vasto plan de sabotajes escalonados dentro de los Estados Unidos. Bien planeado y bien desarrollado. Queremos saber por qué y de dónde proceden los atentados a la seguridad y prosperidad de la nación. Esa era la misión de Miller.

—Y, sin duda, Miller descubrió algo...

—Sí. Algo asombroso, según dijo textualmente por teléfono.

—Pero le asesinaron.

—Exacto, Marsh. Le asesinaron antes de que pudiera revelarnos nada. Ya nunca hablará.

—Comprendo. Y usted quiere... Usted quiere que yo me ocupe de ese caso.

—Exactamente, Marsh —bajó los ojos Granger, cohibido.

—Usted sabe que del mes de vacaciones que me corresponde, llevo solamente ocho días disfrutando de descanso.

—Sí.

—Y aun así, ha venido a pedirme que me ocupe de continuar la tarea iniciada por Benny Miller.

—Sí...

Dick Marsh meneó la cabeza de un lado a otro. Estudió pensativa, gravemente, al inspector Granger. Luego, comentó con voz seca:

—Debería decirle que no, inspector. Realmente, estoy cansado de tanto trabajo durante estos once meses. Pero no podría decírselo, y usted lo sabe.

—¿Entonces...? —los ojos de Granger se animaron.

—Lo sabe desde un principio—suspiró Marsh—. Acepto, inspector. Me haré cargo de ese asunto, a costa de mis pobres vacaciones...

CAPITULO III

HANK Hawk era, ciertamente, mestizo de piel roja.

Y la influencia de la raza india en su rostro, en su color y apariencia era muy intensa. Tenía el perfil de Sitting Bull, dentro de las ropas de un ciudadano perfectamente normal.

Sus agudos ojillos negros se fijaron en su interlocutor. Parecía nervioso por hallarse en aquel lugar. Marsh, para alentarle un poco, sonrió y le ofreció un cigarrillo.

—No tiene que preocuparse de nada —habló con voz pausada, agradable y serena—. Sé que le estamos molestando mucho, pero usted es nuestro único testigo, y sus palabras pueden tener una gran importancia para nosotros en estos momentos.

—Sí, señor, lo sé —respondió Hawk—. El inspector Granger ya me ha dicho que aquel hombre era agente federal...

—Era algo más que eso. Además de ser agente federal, era un buen amigo nuestro, un excelente muchacho a quien todos apreciábamos de veras. Nos gustaría dar con los que le mataron de ese modo tan brutal y terrible.

—Yo no podré ayudarles en eso. Sólo vi la avioneta azul y negra...

—¿Azul y negra? —frunció el ceño Dick—. ¿A franjas?

—A franjas, sí. Horizontales, señor.

—Bien. Ya es algo. Usted dijo al inspector que era de esas avionetas que se dedican a la publicidad. ¿Por qué dijo eso?

—Es lo cierto. Llevaba un rótulo flotante en la cola.

—¿Un rótulo? ¿Qué anunciaba?

—No nada. No era ninguna marca comercial. Simplemente, saludaba a Hancox y al Estado de Arizona...

Marsh hizo una rápida anotación. Luego, sonrió alentador al mestizo.

—Es importante lo que ha dicho. Con esos datos, si la avioneta

se alquiló en alguna parte, la localizaremos pronto. Si no, habremos comprobado que todo se fingió para matar a mi compañero; Hawk, ¿pudo ver algo más?

—No, nada. Fue todo tan rápido, señor... Estaba yo vendiendo bolsas con emparedados y frutas cuando... cuando vi correr a su amigo. No parecía un policía, desde luego. Me pareció un tipo vulgar, un cualquiera. Corría, corría mucho, como si huyera de algo o...

Se detuvo de repente. Arrugó el ceño, como si recordara algo o dudara sobre alguna cosa que hasta ese momento tuvo por muy segura. Marsh le contempló, atento.

—O... ¿qué? —indagó el federal.

—Bueno, pues... yo pensaba que huía de algo... Luego lo relacioné con el avión que le sobrevoló y atacó, a cosa de trescientos metros de donde yo me encontraba, pero... pero de repente he recordado algo.

—¿Qué ha recordado?

—A la muchacha púrpura.

—A la... ¿qué? —indagó Dick, asombrado.

—La muchacha del pelo púrpura. Corría delante de él. Muy por delante de él. Creo que se cayó una de las veces. Pero siguió adelante, la perdí de vista... Sí, estoy seguro. Ahora que lo pienso, creo que él perseguía a esa chica. Iba tras ella, y ella escapaba de él. Luego... apareció la avioneta y lo terminó todo.

—Espere un momento. ¿Podría describirme a esa chica del pelo púrpura?

—Bien, ella... ella era joven. Debía ser bonita, no la vi bien. Su figura sí era estupenda. Esbelta, bien formada... Llevaba pantalones color púrpura también. Y chaleco... Creo que también una blusa o cosa así... Pero, desde luego, el pelo parecía totalmente violeta a aquella distancia. Un color muy... llamativo.

—Ciertamente, tenía que serlo. Sobre todo, a pleno sol, en el mediodía de Arizona —ponderó Marsh—. No sería la forma de ir una chica que quisiera para inadvertida, ¿no le parece?

—Desde luego que no. Pregunte a otras personas, señor. Seguro que tuvieron que verla.

—Lo haré, Hawk. ¿No puede decirme algo más?

—Me terno que no, señor. Es todo lo que vi...

—Una sola pregunta más. La avioneta..., ¿qué rumbo tomó?

—Espere...—arrugó más su rostro cobrizo y curtido el mestizo de indio de Arizona, mientras trataba sin duda de reflexionar sobre ese punto. Luego, habló con voz firme, asintiendo con la cabeza, como para dar más énfasis a su declaración—: Sí, ahora lo recuerdo... La avioneta se alejó hacia el Norte.

—¿El Norte?

—Como si se dirigiera a Salt River Valley, señor. Estoy seguro. La vi desaparecer tras las lomas, cuando corría hacia el caído, llamando la atención de otras personas que corrieron a ayudarme..,

—Gracias, Hawk. Eso es todo por ahora...

* * *

Dick Marsh extendió el gran mapa de los Estados Unidos sobre la mesa de la oficina. Encima, aplicó el gran celofán transparente, sobre el que se habían marcado puntos rojos, verdes y amarillos, que encajaron perfectamente, una vez superpuesto, sobre determinados lugares de la nación.

—Bien —habló Lester Granger, asintiendo, al inclinarse sobre el mapa y su celofán salpicado de círculos de color—. Ese es, exactamente, el cuadro completo.

Asintió a su vez Marsh, estudiando pensativo el gráfico.

Abarcaba diversos Estados de la Unión. Desde una presa hidroeléctrica de Oregon, hasta una refinería petrolífera de Kansas. Desde una factoría de ferrocarriles en Nebraska, hasta unos astilleros de Carolina del Norte, pasando por una fábrica de aviones en Ohio y un centro de investigación nuclear para la paz, en Utah.

Exactamente diecisiete puntos de color. Los rojos, eran centrales hidroeléctricas o presas para riegos. Los verdes, factorías constructoras o investigadoras. Los amarillos, centros petrolíferos o de combustibles.

—Diecisiete... —reflexionó Marsh—. ¿En cuánto tiempo, inspector?

Granger consultó unos datos de un cuadro adjunto al celofán, con fechas detalladas minuciosamente.

—Cuatro años —informó.

—Son muchos. ¿Todos ellos comprobados?

—Comprobados.

—¿Sin posibilidad de accidente o de error por parte de alguien?

—Nada de nada. Intencionado, Marsh.

—Diecisiete sabotajes sobre toda la geografía americana, de Norte a Sur. Es curioso... ¿Nunca se capturó a ningún sospechoso, a alguien mezclado en ello?

—Una vez, en los astilleros de North Carolina. Pero, al llegar a la celda, se mató.

—¿Cómo?

—Veneno. Llevaba una cápsula entre las encías.

—Eso es organización —reflexionó él, pensativo—. Una vasta y sólida organización, ciertamente. Avionetas, saboteadores con veneno en la dentadura... Hay dinero por medio, Granger. Mucho dinero.

—Sí, me temo que sí.

—¿Cómo no pudo descubrirse nunca nada?

—No sé. Muchas veces, la primera investigación la realizaron los agentes locales, la Policía Metropolitana o la de cada Estado. Nunca encontraban nada. Pero muchos de esos policías se retiraron luego repentinamente. Ahora viven bien.

—¿De dónde les vino el dinero?

—Nadie lo sabe.

—¿Soborno?

—Parece lógico pensarlo, ¿no? —sonrió tristemente el inspector.

—Sí, muy lógico —Marsh frunció el ceño—. ¿Y entre nosotros? ¿Algún soborno, alguna sospecha de ellos?

—Cielos, Marsh ¿cómo puede decir eso? Conoce al F.B.I....

—Conozco al F.B.I., sí. Y conozco a los compañeros. Pero todos somos seres humanos. Puede haber una debilidad, un momento de error, una tentación... La cantidad ofrecida como soborno puede influir notablemente. Hay cínicos que dicen que todo hombre tiene un precio. Y lo malo es que los cínicos casi siempre dijeron la verdad, por mucho que nos desagrade.

—Marsh, la integridad de nuestros hombres...

—Claro que sí, inspector. No sospecho que nos hayamos vendido ninguno ni que el soborno haya hecho presa en el F.B.I. Era una simple pregunta. La duda siempre cabe, ¿no es cierto?

—Supongo que sí. No creo que haya ocurrido, pero debo confesar que lo temo, que quisiera tener pruebas rotundas de que

así es. Pero si se maneja mucho dinero, usted mismo lo ha dicho. A veces, la debilidad o falta de honestidad de un hombre, depende del precio que reciba por venderse...

—Por eso ha venido a mí, Granger —habló con energía Marsh—. Confiéselo. ¿No es cierto que cualquier otro agente pudo mezclarse en esto, investigar ese caso, prosiguiendo lo que Miller dejó incompleto?

—Sí, por supuesto...

—¿Y no es cierto que usted ya se ha dado cuenta desde un principio de que para un plan de sabotajes tan vasto y bien organizado como éste, hay que tener en juego muchos millones, y que el dinero corrompe fácilmente a los hombres más íntegros, si éstos tienen un momento de debilidad, por breve que sea?

—Lo confieso, Marsh. Pensé todo eso.

—Y entonces resolvió no correr riesgos. Pensó en mí.

—Sí.

—Pensó en un hombre que tuviera tanto dinero como para ser incorruptible. No porque fuese más honrado que los demás, sino porque para él no tendría objeto un millón de dólares. Ni dos, ni tres, ni cinco... En suma, buscó a alguien totalmente impermeable al soborno. Es seguro que muchos otros agentes, hombres que sólo obtienen su sueldo, honestos a ultranza, serían tan incorruptibles como yo. Pero no es ése su problema, sino la falta de seguridad, de convicción. La duda, el temor... Quiere estar completamente seguro. Sin margen para la duda. ¿Quién cubre esa posibilidad? Yo. Yo, que tengo tanto dinero que no me impresionaría ni recibiendo una oferta de soborno por diez millones de dólares...

—Admito mi poca fe en la honradez humana, e incluso mis lamentables dudas en mis propios hombres. Es incalificable, es vergonzoso..., pero no puedo evitarlo. Quiero esa seguridad a que usted se refiere, Marsh. Y sólo con usted la tendré, estoy seguro.

—Está bien, inspector —sonrió Marsh—. No voy a culparle de su poca fe. Creo que todo es producto de su inseguridad ante este asunto, de su miedo a que vaya a más y el país entero sea una hoguera de sabotajes organizados. Es obvio que una organización criminal, terrorista o antiamericana, extremista o enemiga de nuestro pueblo, ha empezado a extender sus tentáculos por el país. Investigaré eso, inspector. Pero aunque sea imposible sobornarme,

piense en algo más.

—¿Qué, Marsh?

—Piense en Benny Miller. Él no era millonario. Pero era un agente íntegro y honrado, como tantos otros. Sabían que no podrían sobornarle. Y le asesinaron. Piense que yo también soy insobornable, aunque no sólo por mi dinero, ya que también antes lo fui, cuando una cantidad del hampa me hubiera resuelto la vida... Piense, inspector, que, aunque incorruptibles, todos estamos expuestos, sin embargo, a morir asesinados cuando seamos demasiado peligrosos para alguien...

—¿Se cree que no lo he pensado, Marsh? —habló amargamente el inspector Lester Granger—. Sólo que... alguien tiene que investigar esto. Y también confío en su buena suerte, amigo mío, para que sepa salir de todo peligro. En su suerte y en usted mismo. En su capacidad para enfrentarse a cualquier riesgo...

—Gracias, inspector —sonrió irónicamente Marsh—. Usted me mete en un endiablado lío del que Dios sabe cómo podré salir... Y aún debo estarle agradecido. ¿Sabe una cosa? Es usted realmente diabólico...

* * *

Jasper Freemont estrechó con calor la mano de Dick Marsh. Luego, sus grises ojos astutos estudiaron calculadoramente a su visitante, a través de los vidrios de sus gafas.

—Y bien, amigo mío —habló con tono afable—, ¿qué es lo que quiere que haga por usted?

—Freemont, necesito unos datos. Unos datos que solamente usted puede proporcionarme en realidad.

—Le escucho. Si está en mi mano hacerlo, sin romper el secreto de mi Departamento, le atenderé gustoso. No puedo olvidar que le debo un gran favor. De no ser por usted, Marsh, aquel caso del espía extranjero infiltrado en el país jamás se hubiera descubierto.

—Olvide eso. No vengo a pedirle favor por favor. Solamente deseo saber algunas cosas y confirmar otras. No quiero quebrantar sus secretos oficiales, aunque en cierto modo mi actual misión pueda relacionarse con ellos.

—¿De qué se trata?

—De los sabotajes de estos cuatro años. Diecisiete, exactamente.

El rostro de Freemont se ensombreció. Pero preguntó, como si se sorprendiera:

—¿A qué sabotajes se refiere, Marsh?

Él enumeró pacientemente:

—North Carolina... Los astilleros, el saboteador que se suicidó con veneno... Kansas y la refinería petrolífera... Oregon y la central hidroeléctrica de...

—No siga —atajó Freemont, ceñudo. Luego, suspiró—. No hay pruebas de que todo eso fueran sabotajes...

—¿Qué fueron entonces, en versión oficial?

—Accidentes, negligencias, fallos de material o construcción...

—Monsergas, Freemont. Usted sabe que eran sabotajes. Lo sabemos todos.

—Es el punto de vista del F.B.I., no el de mi Departamento.

—Bien. Aceptamos cada punto de vista. En muchos casos, figura el Gobierno como responsable de la obra o la instalación. Sé que puede ser así, porque para el Gobierno no se hizo. Pero supongo que habrá unas constructoras, unas entidades responsables.

Asintió lentamente Freemont.

—En las diecisiete obras o instalaciones afectadas por... por lo que usted define «sabotajes»—midió cuidadosamente Jasper Freemont, del Servicio de Seguridad de las Industrias Nacionales—, solamente hubo dos firmas responsables, que en ambos casos hicieron las obras como donación al Estado o al Gobierno federal.

—Y esas firmas son...

—«Hancox Industries Corporation of America», y «Turnball Promotions», en ambos casos con su financiación, dirección y posterior entrega al Gobierno. En realidad, supone una inversión de muchos cientos de millones, pero son dos empresas poderosísimas, y con estos gestos, además de obtener una publicidad gratuita inmensa, se ganan la estimación de los altos cargos del Gobierno, así como posiblemente logren rehuir muchas cargas fiscales, enmascarando sus beneficios en esas donaciones de tipo patriótico.

—Y solamente a esas obras industriales, donadas a la nación por esas dos entidades, le han ocurrido los sabotajes...

—Por eso dije que la postura oficial es de cautela y reserva. Posiblemente no se hicieron las cosas a conciencia entonces, y luego ocurrieron cosas así.

—¿Incluso lo de los astilleros de Carolina del Norte, con el saboteador capturado que posteriormente se envenenó con una cápsula simulada en su boca?

—Ese pudo ser un hecho aislado. Un fanático, un loco que quiso hacer algo violento...

—Mi querido Freemont, en este país estamos empeñados en atribuir demasiadas cosas últimamente a los locos y fanáticos aislados. Pero en esto hay una organización, nada de violencias solicitadas, y usted lo sabe.

—¿Por qué habría de haberlo? ¿Por qué no sufren las consecuencias otras obras que no estén hechas por Turnball o por Hancox?

—Eso sí me sorprende enormemente —confesó Marsh—. ¿Lo han investigado?

—A fondo. No parece haber nada de nada.

—¿Cuántas obras de Hancox sufrieron esos sabotajes?

—Trece.

—¿Y sólo cuatro de Turnball?

—Así es, sí.

—Vaya... —meditó Marsh, frotándose el mentón—. ¿Son muy amigas esas dos entidades entre sí?

Freemont se echó a reír.

—Se detestan —confesó.

—¿Enemigos financieros?

—Mortales.

—Eso sí que es curioso. ¿Y los dos se dedican a donar obras al Gobierno o a los diferentes Estados de la Unión?

—Rivalizan en ello por orgullo y soberbia. Pero Turnball, aunque rico, no puede competir en absoluto con Hancox. La H.I.C.A. es poderosísima, cuenta con un capital incalculable. Turnball no llega ni a la décima parte de su poder industrial y financiero. Pero trata de hacerle sombra con sus donaciones periódicas, o aportando fondos para obras públicas de caridad y de mejoras ciudadanas.

—¿Ese odio es de ambas organizaciones..., o meramente personal?

—Mi impresión es que se trata de algo muy personal entre Hancox y Turnball. Algo que viene de antes, y ha situado a sus

empresas una frente a otra, aunque ambas se dediquen a diferente tipo de producción industrial.

—Esos sabotajes podrían ser resultado de algo siniestro, que nada tuviera que ver con el país ni con intereses extranjeros —comentó Marsh—. Podrían ser una guerra secreta y mortal entre ambos.

—Cielos, no hablará en serio. Eso sería terrible. Arriesgar obras, vidas, destruir millones, acaso provocar muertes de obreros, de personas cercanas a dichas obras... Sería una locura criminal. Y por parte de ambos, de acuerdo con su disparatada teoría, Marsh, puesto que por parte de los dos han sufrido pérdidas en esos accidentes o lo que usted quiera llamarlos.

—El más perjudicado fue precisamente el más poderoso: Hancox. Turnball podría ser el único responsable, y disimular su acción saboteando también sus propias obras, aunque en menor escala.

—Cada vez lo pone usted más monstruoso, Marsh.

—Es que hay algo monstruoso en todo esto, Freemont. Algo que quisiera saber lo que es, para intentar desarticularlo como fuese. Lo malo es que no sé, no logro saber lo que ello sea. Aunque todavía es pronto, por supuesto, para llegar a conclusión alguna...

—¿Eso es todo lo que quería saber de mi Departamento, Marsh?

—Creo que sí, Freemont. Es todo. Tampoco podría decirme usted más aunque lo supiera.

—Lo peor es que no lo sé. Confío en que sus investigaciones le lleven a alguna parte. Si obtiene pruebas de que hubo sabotaje en alguno de esos casos, no dude en notificármelo inmediatamente. Es muy importante para mí saber a qué atenerme al respecto. Por ahora, no puedo hacer nada por falta de evidencias.

—Entiendo eso —sonrió Marsh, tras estrechar su mano y dirigirse resueltamente a la salida—. Tampoco yo tengo ninguna evidencia. Sólo la de que algo se esconde en todo esto. Algo criminal, sin duda. De otro modo, mi compañero Benny Miller no habría sido asesinado en Gila, cuando se inauguraba otra obra de Hancox, donada al Estado de Arizona.

—¿Cree que eso tiene relación con este asunto?

—Creo que sí, Freemont.

—Pero... ¿en qué y por qué?

—Cuando pueda contestar a eso, tal vez sepa quién mató a Miller —sonrió duramente Dick Marsh—. Y cuando sepa eso, es posible que también sepa por qué se han cometido diecisiete sabotajes en cuatro años...

CAPITULO IV

LO lamento muy de veras, señor Marsh. Mi futuro suegro no puede recibirle. Es difícil ver al señor Seymour Robert Hancox. Tiene demasiadas cosas que hacer durante el día. ¿Puedo atenderle yo?

Marsh contempló fijamente al hombre alto y rubio que le recibía. Sabía quién era. Se había informado muy bien acerca de él. Se encogió de hombros.

—Parece que, después de todo, me recibe alguien importante —sonrió Marsh—. Usted es el cerebro de esta organización, ¿no es cierto?

—Acostumbran a llamarme así —aceptó con una mueca el gigantesco y rubio Howard Prentiss—. En realidad, no llego a tanto. Aquí, el cuerpo y el cerebro lo son totalmente S.R. Hancox. Yo me limito a colaborar con él, a llevar sus asuntos, a aconsejarle a veces, cuando sé que va a dejarse aconsejar. No haga caso de lo que digan por ahí. Yo soy un subordinado más, dentro del gran complejo industrial de Hancox. A él le gusta ser al emperador de todo esto. Y realmente lo es.

—¿Y usted el primer ministro? —rió Marsh—. Ya sabe que siempre son éstos los que gobiernan más que el emperador.

—No en mi caso —rechazó, riendo también, el prometido de la hija de Hancox—. Se lo aseguro, Marsh.

—De cualquier modo..., usted puede orientarme.

—Lo haré gustoso. ¿De qué se trata?

—De sabotajes.

Se alteró muy ligeramente el rostro y el gesto de Prentiss. Fue apenas una fracción de segundo. Lo suficiente para que Marsh lo observara, antes de que volviera la inexpresividad al rostro del vicepresidente de la H.I.C.A.

—Sabotajes... —musitó—. ¿A qué se refiere?

—Usted lo entiende muy bien.

—¿Quién le dijo que lo entiendo? No sé de qué habla.

—Trece sabotajes para Hancox. Cuatro para Turnball. Sólo en cuatro años. ¿No le dice nada eso?

—Oh, ahora caigo. Usted habla de los accidentes en que hubo roturas de diques, explosiones de combustible, derrumbamiento de alguna torre metálica y cosas así... —soltó una breve, seca carcajada—. No es importante. No hubo víctimas en ningún caso. No creo que sea otra cosa que simples accidentes.

—Accidentes provocados.

—Sabotaje... Es melodramático, Marsh. No, en absoluto. No creo en ello. Nadie lo creemos.

—Pero ocurre. Y quizá siga ocurriendo. ¿No han hecho nada para evitarlo?

—¿Nosotros? —arqueó sus doradas cejas Prentiss. Los ojos, muy claros y vivos, estudiaron atentamente a Dick Marsh—. ¿Olvida que construimos esas obras para hacer donación de ellas a los distintos Estados o al patrimonio federal del país?

—En definitiva, ya no les pertenecen.

—No., ya no nos pertenecen —convino él—. Son del país, del Estado donde se alza la obra... Donación de Hancox al pueblo de los Estados Unidos, en cualquiera de los casos. A las autoridades compete protegerlas de cualquier riesgo.

—Es lo que estamos tratando de hacer —repuso Marsh, pensativo—. Sólo que no sabemos de qué hay que protegerlas...

—Si ustedes no lo saben, ¿qué puedo hacer yo? —se encogió Prentiss de hombros. Incorporóse, y su formidable estatura dominó todo el despacho, circular y encristalado, allá en la recta, vertical cumbre de la Torre Hancox, en el centro mismo de Hancox City, emporio industrial del gran magnate, situado en una zona totalmente propiedad de él, con más de diez mil habitantes entre obreros y familias, allá en Minnesota, cerca de la frontera de Iowa. Paseó por la estancia, antes de añadir, señalando a su alrededor, a la vasta panorámica de instalaciones, edificios, alambradas, la colonia residencial inmediata, el gran número de pesados vehículos de transporte, los torreones de energía eléctrica que formaban como un bosque de metal allá frente a ellos—: Vea esto. Es el imperio Hancox. Cientos de miles de millones invertidos en un gran

complejo industrial que forma por sí solo una ciudad entera. Y él lo rige como amo supremo. Yo lo administro y gobierno como auxiliar suyo. El día de mañana, será Amos Hancox, el hijo del viejo león, quien dirija todo esto. ¿Y cree que puede uno sentirse seguro de nada, como para pensar en otras cosas que no sean nuestros propios problemas?

—Imagino que una posesión como ésta trae muchos quebraderos de cabeza, es cierto —afirmó Marsh, inexpresivo.

—No me refería a la posesión, a Hancox City, ni nada de eso. Hablaba de Amos, el hijo de S.R. A Hancox «junior».

—¿Qué hay con él?

—Es un inepto. Mi futuro cuñado es un completo inepto, Marsh. Un joven poco inteligente y poco capacitado para regir todo esto cuando falte su padre. ¿Qué será entonces del imperio Hancox? Eso es lo que nos preocupa. A su padre, a mí... y a Leilah, mi prometida.

—Sí, Howard tiene razón—sonó una voz suave, dulce, a espaldas de Marsh.

Este se volvió. Howard Prentiss se apresuró a caminar hacia la puerta de su despacho.

—Leilah, cariño... —habló, tomando sus manos—. ¿Qué haces por aquí ahora?

—Venía a ver a papá. Ya me dijeron que tenía reunión con la Junta de Administración de las residencias para obreros. Esperaré, si no tarda mucho.

—Tardará bastante —suspiró él—. Leilah, te presento al señor Richard Marsh, del F.B.I. Marsh, ella es Leilah Hancox, mi prometida. Pronto será Leilah Prentiss.

—Es un placer, señorita Hancox—saludó Marsh, correctamente.

—Encantada, Marsh —le miró agudamente—. ¿Dijo del F.B.I.?

—Sí, eso dijo —asintió él sonriente—. Oficina Federal de Investigación.

—¿El Fisco?

—No, no —rió Marsh—. Solamente la División de Defensa Nacional.

—Marsh viene a investigar algunas cosas sobre los accidentes en nuestras donaciones industriales —explicó Prentiss—. En el F.B.I, tienen la peregrina idea de que son... sabotajes.

Marsh hubiera jurado que ella tragaba saliva, y que su bonito rostro ovalado, de cabellos ligeramente rubios, ojos pardos y nariz breve, se cubría de un leve tinte de palidez. Pero fue tan rápido todo ello, que no estuvo muy seguro.

—Sabotaje... —abrió mucho sus bellos ojos, volviéndose a contemplarle con profunda curiosidad y asombro—. ¿De verdad piensan eso?

—Pues sí, señorita Hancox.

—No tiene sentido. ¿Quién podría desear tal cosa?

—Tal vez un enemigo. Tal vez... Turnball.

—¿Rodney Turnball? —se escandalizó Prentiss—. Cielos, pero ¿por qué?

—¿Acaso son ustedes amigos?

—No, no. No somos amigos. Pero olvida que esas obras ya no son nuestras. No nos perjudica que se hundan. El perjuicio sería para la nación, para los Estados afectados, para las gentes que recibieron esa ayuda...

—Eso es cierto —Marsh arrugó el ceño—. No había pensado en ello.

—Además, Turnball también regaló algunas obras menores al Gobierno. Y sufrieron igualmente accidentes o sabotajes, como usted dice.

—Sí, lo sé. No obstante, sigo pensando que no hubo tales accidentes.

—Deme entonces una razón plausible para todo eso, y le creeré —sonrió Prentiss—. Y no me hable de una organización enemiga ni de agentes secretos infiltrados en nuestro país, con órdenes de destrucción. Sería ingenuo y bastante improbable, dado que hasta ahora solamente han ocurrido esas cosas en obras donadas por nosotros o por Turnball... Y, sin embargo, nada intentó nadie contra obras del propio Gobierno o de los Estados donde la Cámara local de Industria elevó alguna obra de interés general.

—Tocado otra vez —convino Marsh—. La verdad es que me debato en un mar de auténticas perplejidades. No sé dónde está el error, pero evidentemente lo hay. Todo esto ha de tener una explicación. Y no pararé hasta encontrarla. De todos modos, gracias por su ayuda, Prentiss. Seguiré investigando, hasta saber qué es lo que sucede con sus donaciones al pueblo de los Estados Unidos...

Saludó cortésmente a la bella Leilah Hancox y a su prometido, el vigoroso vicepresidente de la H.I.C.A., el gran imperio industrial de los Hancox. Luego, se encaminó a la puerta.

—Espere un momento —sonó la voz de Prentiss, a su espalda.

Se detuvo Marsh. Giró la cabeza. Miró pensativo a Prentiss

—¿Algo más? —indagó.

—Sólo un ruego. Todo esto va a traer una publicidad negativa a nuestra entidad si persiste usted en hablar de sabotajes. Preferiría que diese por buena la teoría de los accidentes, que, como ve, es la más sólida y convincente. Esté seguro de que no hay otra cosa detrás. Nuestros propios detectives investigaron eso a fondo.

—Yo no puedo afirmar todavía ninguna cosa. Es pronto, Prentiss. Acabo de comenzar las investigaciones.

—No vale la pena que las termine. Informe al F.B.I, sobre la imposibilidad material de que sean sabotajes. No den materia a la prensa para hablar de Hancox con relación a ese desagradable asunto que sospechan. Si usted cierra el caso y convence al F.B.I, de la verdad que todos sostenemos, porque es la única evidente, seremos generosos con usted. Sólo por la serie de molestias que nos evitará, y de lo que la prensa, siempre inoportuna, puede causarnos con su curiosidad, usted será recompensado con... con una cifra adecuada. Un simple rasgo de gratitud nuestro a su comprensión y buen juicio. Pongamos... unos diez mil dólares.

—Prentiss, no debió decir eso —replicó fríamente Marsh.

—Por favor, no interprete mal los hechos —rió Prentiss, agitando una mano—. No estoy tratando de sobornarle, porque no hay razón para ello. Sólo le ofrezco un trato, por evitarnos molestias, tiempo perdido, disgustos para S.R. Hancox... Pongamos una cifra más generosa por su cooperación en ese terreno Cincuenta mil dólares, Marsh. Creo que eso, le probará que no trato de coaccionarle con dinero, sino simplemente hacerle un obsequio personal. Tenga por seguro que perderemos más de diez veces esa cifra, sólo con la propaganda negativa de los periódicos, mezclándonos en sospechas de una maniobra de sabotajes contra nosotros y cosas así. No sabe cómo bajarán los valores Hancox en Bolsa..., aunque sólo sea de momento.

—Un federal no admite dinero, Prentiss.

—No se lo ofrezco al federal, sino al hombre, al amigo.

—Yo no soy su amigo. Solamente un policía que vino a preguntarle algo. No debió intentar el soborno.

—Le repito que no es un soborno —resopló Prentiss, irritado—. Está bien, le doy cien mil dólares, solamente por evitar que las cotizaciones de Bolsa enfurezcan al viejo Hancox y...

—Cada vez lo pone peor, Prentiss. No hay trato. Sigo adelante. Y será igual si sube su oferta a un millón de dólares. Mi respuesta siempre será «no».

—Desprecia usted una fortuna, sólo por un tonto escrúpulo sin motivo. Le repito que no se trata de...

—Siempre que se quiere tapar la verdad con dinero, es soborno —acusó glacialmente Marsh—. Podría acusarle de eso ante un juez federal, Prentiss. Pero quiero creer que, realmente, sólo trataba de defender la buena digestión de su amo. En otro caso, si fuese por encubrir algo delictivo..., tendría que aplastarle como a una rata, Prentiss.

Y salió, cerrando violentamente de un portazo.

* * *

Fue en el exterior, cuando caminaba hacia la parada de los taxis especiales, color azul, de Hancox City, cuando la voz sonó tras él, en tanto una carrera sonaba presurosa, taconeando sobre el asfalto.

—¡Espere un momento, Marsh! Espere, por favor... —pidió la voz.

Se detuvo. Giró la cabeza. Miró pensativo a la joven Leilah. Era ella quien, jadeante, se paró frente a él, contemplándole fijamente.

—¿Qué hay ahora, señorita Hancox? —preguntó él fríamente—. ¿Trata de subir usted el precio por su cuenta?

—Por favor, no hable así —jadeó ella—. Perdone a Howard, si le es posible.

—No perdono los sobornos. No los tolero.

—Sí, ya lo he visto. Sin embargo, rechazó una fortuna.

—Dígale a Prentiss que puedo pagársela yo a él —dijo con ironía el federal—. Pero, claro, no iba a creerlo. ¿Ha venido a disculparse en su nombre?

—Naturalmente. Howard cometió un error. Su defecto que cree que todo puede comprarse con dinero.

—Hay mucha gente como él; no crea que es un caso aislado.

—¿Va a seguir de veras con ese asunto?

—Por supuesto.

—En eso, Howard tuvo razón. Va a causarnos mucho daño...

—No me preocupa mucho eso. Ni a ustedes tampoco debería preocuparles. Si realmente existe un plan de sabotaje, conviene que sea descubierto. Nos conviene a todos. Incluso a su padre.

—¿Y si no existe, y si realmente todo fue accidental? Habremos sufrido las consecuencias de una molesta y adversa publicidad, y todo ello para nada.

—Es el riesgo que hay que correr en toda investigación. Sea lo que sea, conviene estar seguros de lo que ocurre. Vale más eso que las dudas, los recelos, las indecisiones. Hay que saber a qué atenerse. Sobre todo cuando hay en juego algo tan grave como la seguridad de unos centros industriales, de miles de trabajadores y de familias. Y, tal vez, la propia seguridad futura del país.

—Exagera mucho, ¿no le parece?

—Señorita Hancox, si se cometieron sabotajes, hubo hasta diecisiete en cuatro años. ¿Y dice usted que exagero mucho?

—Mi padre se va a llevar un gran disgusto con todo esto.

—No me preocupa demasiado. El disgusto de una persona no basta para detener una investigación, créame.

—De modo que está decidido.

—Completamente. Si esperaba convencerme usted, se equivocó. Pudo ahorrarse la carrera para darme alcance.

—Sólo quería saber la clase de hombre que era usted —le contempló, muy fija—. Veo que es tan duro como nosotros. Le admiro, Marsh. Pero debe tener cuidado

—¿Qué significa eso?

—Conozco bien a mi prometido. Howard haría cualquier cosa con tal de proteger los intereses de los Hancox. Es leal con nosotros y despiadado con nuestros enemigos. Así llegó al cargo que hoy ocupa. Si ve un peligro para mi padre, para su fortuna, algo que signifique un riesgo para nosotros y nuestro imperio, hará lo que sea con tal de evitarlo.

—Conmigo sólo se puede hacer una cosa para detenerme, señorita Hancox.

—¿Qué es ello? —se interesó la joven vivamente.

—Asesinarme. ¿Se atrevería a tanto su amado Howard Prentiss?

—No esté muy seguro de ello. No esté muy seguro, Marsh... — habló con voz sorda la joven.

Y dio media vuelta, echando a correr por las pistas de asfalto de Hancox City, de regreso a Hancox Tower, la gran estructura de vidrio y aluminio que presidía la enorme extensión cercada, como un auténtico palacio presidencial en medio de un imperio propio e independiente.

Marsh, pensativo, se tocó el mentón, mientras llamaba a un taxi azul de Hancox City y le pedía regresar a Rochester.

* * *

Desde Saint Paul, Minnesota, el avión le condujo a Madison, en Wisconsin.

Era como saltar de un imperio a otro. Pero mientras el de Hancox parecía un auténtico imperio de poder y de dinero, el de Turnball daba la impresión de un pequeño reino que luchara inútilmente contra el coloso, tratando de emularle, sin llegar a igualarle jamás, y mucho menos a superarle.

El propio Rodney Turnball le recibió, en su residencia campestre, rodeada de jardines, setos bien recortados, una amplia piscina y deliciosos templetes al aire libre.

Era un hombre increíblemente gordo, de estatura media, de brazos y piernas cortos, de rollizos dedos como almohadillas, en unas manos fofas y redondas. El rostro formaba una expresión sardónica y fría, sobre cuatro o cinco pliegues grasientos de papada, bajo los cuales se perdía su camisa y el nudo de su corbata de vivos colores.

—Es un placer conocerle, Marsh —saludó, tendiendo su mano, que a Marsh, cuando la estrechó, le produjo la rara y fea impresión de oprimir una bolsa de sebo—. Siéntese. ¿Bebe whisky, ron, brandy? Por favor, pida lo que desee. Incluso champaña helado, aunque imagino que eso preferiría tomarlo con una hermosa dama junto a usted.

Rió su gracia, y le temblaron las numerosas papadas como pura manteca bajo su blanda piel.

—Evidentemente, así es —sonrió Marsh—. De todos modos, no bebo licor alguno cuando trabajo. Sírvame si acaso algo frío y sin alcohol. Tengo sed. Eso es todo.

Se apresuró a servirle un alto vaso de zumo de frutas con el hielo tintineando en el vidrio. El servicio de Turnbull era en su totalidad de hombres y muchachas de color. Como un antiguo señor sureño, antes de que el viento de la guerra civil se llevara la esclavitud y el poderío blanco sobre sus vasallos negros.

Marsh saboreó el refresco, sin dejar de estudiar minuciosamente Turnbull.

Era un hombre rico, poderoso sin duda alguna, pero distaba mucho de ser el magnate colosal que era Hancox, el amo de Hancox City y de uno de los complejos industriales más poderosos del país. Eso, en un país donde los poderosos lo eran más que en ningún otro lugar del mundo.

Se preguntó cómo podría hacer la guerra a Hancox por su cuenta, y no halló respuesta alguna a semejante interrogante. Aquel hombre no parecía capaz de luchar con demasiado ímpetu, pese a que el brillo de sus ojos pequeños, hundidos entre arrugas y grasa, era frío y combativo.

—Bien, espero sus preguntas, Marsh —habló al fin Turnbull—. ¿De qué ha venido a hablarme? ¿De impuestos?

—Cielos, no —rió Marsh—. Todo el mundo piensa igual cuando me presento.

—Bueno, el nombre del F.B.I, le da a uno siempre cierto escalofrío —soltó Turnbull una carcajada aguda—. A fin de cuentas, incluso Capone cayó víctima del Fisco. Es el más temible enemigo de los hombres ricos.

—Pero el F.B.I, no es solamente el Fisco.

—Yo creía que sí. Inspectores de impuestos y pistoleros. Alguien los definió así.

—Es una torpe definición, señor Turnbull —replicó secamente Marsh—. No somos pistoleros.

—Perdone. No quise molestarle con eso. Cité lo que dijo otro.

—Sí, yo también lo había oído antes. Hay mucha gente interesada en desprestigiar al F.B.I.

—Olvidemos eso entonces. ¿Qué le trae realmente por aquí?

—Pertenezco a la División de Defensa Nacional. Oficina de Los Ángeles, California.

—Eso está muy lejos —silbó entre dientes Turnbull—. ¿Qué le trajo hasta Wisconsin?

—El asunto, en realidad, no tiene limitaciones. Por eso interviene el F.B.I. Yo lo inicié en Los Ángeles, lo seguí en Minnesota. Y ahora estoy en Wisconsin. Dentro de unas horas, es posible que esté en Arizona.

—Un endiablado viaje, ciertamente —convino asombrado Turnbull—. Y todo eso... ¿para qué?

—Para saber lo que hay detrás de diecisiete supuestos accidentes sumamente sospechosos.

—¿Accidentes sospechosos?

—Eso dije. Accidentes dispersos por toda la nación. Diversidad de industrias y de obras importantes. Usted... y Hancox.

—Hancox—los ojos del hombre gordo brillaron con más intensidad—. Cielos, ya veo adónde va a parar.

—¿Adónde, Turnbull?

—A los sabotajes.

—¡Bien! —Marsh le contempló con vivo interés—. ¿Usted dijo sabotajes?

—Sí, eso dije.

—Yo los llamé accidentes.

—Ya lo noté. No es lo que usted dice. Son sabotajes.

—¿Causados por quién?

—Lo ignoro —se encogió de hombros Turnbull.

—¿Por qué, entonces?

—Los sabotajes siempre se producen para perjudicar a un país, para dañarlo o desmoralizarlo. Es una forma de terror y de destrucción.

—Sé todo eso. ¿Cree que es lo que buscan sus autores?

—Parece evidente, ¿no?

—Cuatro de esas obras fueron donadas por usted al pueblo de los Estados Unidos.

—Muy cierto. Las cuatro fueron saboteadas.

—Precisamente cuatro donaciones tuyas. ¿No es casual?

—Y trece de Hancox —le miró, malicioso—. Iba a decir ya eso, ¿no es cierto?

—Sí, iba a decirlo.

—Estoy bien informado, ya ve. Estudio las cosas que me parecen raras o sospechosas. Y éstas lo son. Usted estuvo en Minnesota, según dijo. ¿En Hancox City?

—Estuve allí.

—¿Vio al viejo Hancox?

—No. Hablé con Howard Prentiss.

—Prentiss, el ambicioso. La materia gris del imperio de Hancox... —meditó Turnball gravemente—. Es un tipo inteligente. Un reptil peligroso.

—¿No simpatiza con él?

—Usted sabe ya que no simpatizo con nada de Hancox. Sólo con la chica.

—¿Leilah?

—Ella es buena muchacha. Lástima de que caiga en garras de Prentiss. El parece todo generosidad y nobleza, pero quiere ser algún día el nuevo zar de Hancox City.

—Está Amos...

—Amos es un gandul, un inepto y un borracho —rió entre dientes Turnball—. No sirve para nada. Cuando herede ese imperio industrial y financiero, Prentiss se hará cargo de todo, o el barco se irá a pique. Ojalá fuese Amos el jefe. Entonces vería el fin de los Hancox.

—¿Por qué los odia tanto? —se interesó Marsh.

Turnball le contempló con frialdad. Parecía reacio a hablar de eso, pero finalmente lo hizo:

—Son una familia inhumana —explicó—. Fuimos socios al empezar los dos desde la nada. Yo tuve la mejor oportunidad inicial, y le ayudé. Mi dinero formó el principio de todo. Luego, Seymour Robert Hancox tuvo suerte. Empezamos a ganar una fortuna. Yo confiaba en él. El muy canalla me hizo firmar, entre otros documentos, uno que ni siquiera vi, mezclado con los demás. Era mi renuncia a todo, mi separación de la sociedad... ¡a cambio de quinientos mil dólares! Y habíamos ganado ya más de quince millones. No me sirvió de nada combatirle legalmente. Perdí. Entonces traté de matarle.

—¿Usted hizo eso?

—Estaba ciego, rabioso. Le busqué para vengarme. Pude haberle matado, pero me contenté con darle una gran paliza. Eso me costó un año de prisión y una indemnización que me dejó en la calle, arruinado totalmente. Rehacerse costó tiempo y esfuerzos, Marsh. Lo logré, sin embargo. Logré lo que quería, y volví a hacer fortuna

por mí mismo. Me propuse luchar siempre contra los Hancox, como fuese.

—¿Incluso... sabotando sus obras donadas al país?—sugirió Marsh, con una mueca sarcástica.

Contra lo que esperaba, Turnball no se inmutó ni enfureció por eso. En vez de ello se echó a reír, sacudiendo negativamente la cabeza.

—No, no lo hice yo —negó—. Sé que es eso lo que sospecha, y hasta imagina que es mi coartada el hecho de que frente a sus trece industrias dañadas, cuatro más lo hayan sido también. A fin de cuentas, con eso sólo perjudicaría al país, no a Seymour Robert Hancox ni a su obra.

—En eso tiene razón. Sin embargo, ¿qué otro enemigo, qué tercer adversario puede desear que ustedes dos se acusen mutuamente, o que se despedacen en una lucha por creerse culpables el uno al otro? ¿O quién podría desear desprestigiarles ante toda la nación, a costa de sabotajes en sus industrias o en sus obras para el progreso, donadas al pueblo americano?

—Desconozco que exista ese enemigo. Pero, como usted dice, el gran perjudicado es precisamente el pueblo americano.

—Sin embargo, nadie atacó la presa Boulder, la fábrica de municiones del Gobierno en Indiana, ni cosa parecida. Sólo obras suyas. De usted y de Hancox. ¿Por qué, Turnball?

—No lo sé. Le confieso que no sé quién ni por qué.

—Pero afirmó que eran sabotajes.

—No soy un estúpido ni un ciego, Marsh. Tampoco lo son S.R. Hancox ni Howard Prentiss. Ellos saben que es sabotaje. Sólo que no querrán admitirlo, por si ello hace bajar sus acciones en la Bolsa.

—Conoce usted muy bien a Hancox —rió Marsh—. ¿Y sus acciones? ¿No teme que bajen también Turnball?

—Ya han bajado—suspiró el hombre gordo con amargura—. Estoy casi en la ruina, Marsh.

—¿Qué? —pestañeó el federal.

—Es una verdad officiosa, por supuesto. Nadie sabe aún nada. Mi fortuna puede decirse que, en estos momentos, se limita a mi propia cuenta personal bancaria. No más de medio millón de dólares. Eso, para un hombre como yo, no es apenas nada, aunque imagino que un hombre como usted lo considerará una fortuna fabulosa.

Marsh sonrió irónico, sin comentar nada. Aunque le hubiera dicho la verdad, Turnball no la hubiese creído jamás.

—De modo que las cosas le han ido mal últimamente —comentó luego, superficial.

—Muy mal. Mis industrias han sufrido competencia durísima de Hancox. No se puede competir con él. Es despiadado. Le causé algunos perjuicios antes, y ahora me devuelve golpe por golpe. Sabe que mis acciones se derrumban, y me está descargando el golpe de gracia en las finanzas. Ya doy por perdida la batalla, Marsh.

—No debió intentar la competencia con él. Hancox es un coloso.

—Algún día habrá alguien que lo derribe violentamente, despedazado.

—Seguro —rió el federal—. Su hijo Amos, si llega a sucederle.

Turnball rió la gracia un poco forzadamente. Parecía estar meditando sobre algo que le preocupaba interiormente. Luego, de súbito, se enfrentó a Marsh.

—Supongo que será inútil tratar de sobornarle —dijo abruptamente.

Marsh achicó sus ojos, fríos e inexpresivos.

—Sí, es inútil—convino.

—Ni siquiera por la mitad de mi fortuna actual.

—Ni siquiera por eso.

—¿De veras? —pestañeó el hombre gordo—. Me refiero a... a doscientos cincuenta mil dólares.

—Sé a lo que se refiere.

—Es muchísimo dinero. Una fortuna para usted.

—Y para usted. Recuerde lo poco que le queda ya. ¿Por qué quiere tirar ese dinero?

—No lo quiero tirar. Se lo ofrezco. A usted, Marsh.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de que siga adelante con este asunto.

—Pienso seguir sin su dinero. Es mi trabajo, Turnball.

—Pero con un cuarto de millón de propina, todo iría mucho mejor.

—Algo pediría a cambio de ese dinero, ¿no?

—Sí, algo. Muy poco, Marsh. No sería ninguna injusticia. Sencillamente, amañar alguna prueba, algún indicio... y acusar a los Hancox de responsables.

—Eso es una monstruosidad, Turnball —habló glacialmente Marsh.

—¿Por qué? Sería simple. No se trata de acusarles de sabotaje, por supuesto. Sólo de responsabilidad en los hechos. Utilizaron materiales defectuosos, por alardear de generosidad con las gentes, y levantaron industrias peligrosas para la seguridad de obreros y de toda clase de personas próximas a esas industrias. Por ahorrarse unos millones que luego justificarían ante el Fisco como gastados en sus obras benefactoras, emplearon materiales estropeados o de baja calidad. Y todo se vino abajo después. Para salvar su responsabilidad, sabotearon mis cuatro industrias, buscando así una coartada a sus errores. Eso es lo que le pido que diga públicamente. Le apoyaré con todas mis fuerzas.

—Seguiría siendo una infamia, Turnball.

—Ni usted ni yo podemos estar seguros de que no fuera eso lo que ocurriese realmente en este asunto. Todo mecenas público busca solamente salvarse de pagar impuestos. Posiblemente con sus obras, Hancox se gastó cinco mil millones... y dejó de pagar al Gobierno diez mil.

—Es muy posible —la voz de Dick Marsh continuaba fría, cortante—. Pero no hay pruebas de todo eso. Cuando las haya, acusaré a quien esas pruebas señalen como responsable.

—Nunca obtendrá prueba alguna. Los Hancox son muy listos.

—Y usted también —se puso en pie Marsh—. No hay trato, Turnball. Es la segunda vez que tratan de sobornarme. Todos se equivocan en realidad...

—Piénselo, Marsh. Son doscientos cincuenta mil dólares...

Dick se echó a reír. Era la suya una risa dura, hosca, acerada de matices. La forma de mirar al gordo, fofo Turnball, tampoco fue demasiado amistosa, antes de alejarse sendero adelante, hacia el final de los setos y macizos floridos, en busca de la salida del lujoso recinto.

—Si se ve muy arruinado, Turnball, y tiene que vender esta finca, acuérdesse de mí—dijo burlón—. Se la puedo comprar en doscientos mil dólares al contado... Si lo duda, pida informes bancarios sobre mí. Mi nombre completo es Richard Lewis Marsh...

Dejó atrás a Turnball. Él imaginaba que perplejo e irritado, pensando que se había burlado de él. Le hubiese gustado ver su

cara, si pedía informes sobre la cuenta de Richard Lewis Marsh, el hombre a quien había tratado de comprar por doscientos cincuenta mil dólares.

Luego, salió de la finca de Turnball y se encaminó a la cercana parada de taxis.

Para ello, debía cruzar una amplia explanada, en la que el sol batía con fuerza ahora, pese a que el fresco aire de Wisconsin barría todo vestigio de calor. Eran casi las dos de la tarde, y no se veía a nadie en los alrededores.

Súbitamente, en el cielo, sobre su cabeza, algo ronroneó suavemente, acercándose y aumentando paulatinamente su intensidad.

Dick Marsh alzó la cabeza.

Sintió un escalofrío.

Una avioneta sobrevolaba la zona, apaciblemente. Detrás, en su cola, ondeaba un anuncio fluorescente:

«¡COMPRESIEMPRE LOS ALIMENTOS ACME!»

La avioneta era azul y negra. A franjas. Descendió, cuando volaba sobre la explanada. Descendió hacia él.

CAPITULO V

MARSH supo en seguida lo que iba a seguir.

Era la muerte. La misma muerte que planeó sobre Benny Miller, allá en Arizona, el día de la inauguración de la Presa Gila...

Dick echó a correr inmediatamente hacia los taxis detenidos allá en la distancia. La avioneta pasó zumbona sobre él, se perdió en la distancia, tras una arboleda, pero el ronquido del motor, en vez de alejarse, regresó con mayor fuerza.

La avioneta albinegra reapareció. Más bajo su vuelo. Más recto hacia Marsh...

El federal corrió en zig-zag, buscando evadirse de cualquier fácil puntería desde el avión. Se tiró tras unos setos, para seguir luego a la carrera, porque el avión remontó el seto y le buscó, insistente, como un enorme insecto cruel que estuviera ensañándose en acorralar a su víctima.

Marsh distaba cosa de ciento cincuenta metros de la hilera de vehículos. Pero imaginó que, aun llegando allí, la avioneta no cejaría en su empeño, buscando acribillarle como fuese. Y con ello solamente complicaría en la matanza a los infortunados taxistas, corriendo además el riesgo de que las balas, perforando las carrocerías de los automóviles, pudieran inflamar violentamente la gasolina y provocar un caos en la zona residencial.

No. Llegar a los coches no era un remedio. Le cazarían allí mismo, implacablemente, y al mismo tiempo aniquilarían a otras personas inocentes.

Se desvió de la dirección aquella bruscamente, lanzándose hacia un flanco, en dirección a una alta tapia. Por el camino, hundió la mano bajo su americana, y la extrajo empuñando una automática, con la que apuntó al avión publicitario, en espera de que regresase hacia él, como así sucedió casi inmediatamente.

La avioneta voló rasa sobre los edificios, muy próxima ya al

suelo. Su morro apuntó hacia Marsh. Este lo observó por la sombra que el pájaro de metal producía en el suelo. Rápido, se precipitó contra la tapia y se dejó caer contra ella, en el mismo punto del suelo donde se unían éste y la cerca de ladrillos. Pegado allí, tendido, apuntó y disparó sobre la avioneta, cuando ya ésta abría fuego, con una crepitante ráfaga de ametralladora.

Las balas zumbaron, estrellándose en los ladrillos, levantando fragmentos de asfalto ante él, silbando sobre su cuerpo estirado o clavándose en tierra, ante él, sólo a breves pulgadas de distancia.

Marsh siguió apretando el gatillo de su arma, inexorablemente, sin una sola vacilación. Las balas fueron al encuentro de la avioneta, como las de ésta iban al encuentro suyo. El choque duró unos segundos.

Después, el aparato remontó su vuelo, rugiendo al sobrepasar la valla y volar encima de la arboleda de una propiedad privada. Marsh se puso rápidamente en pie, y comenzó a escalar la tapia, sobre los ladrillos apenas sin salientes.

El motor roncó con fuerza. La avioneta volvía. Giraba sobre sí misma, para regresar rápidamente, como si su piloto supiera perfectamente qué era lo que Marsh iba a hacer en seguida que se viese libre de la amenaza aérea.

Por mucha rapidez que Marsh se dio en escalar la cerca, la avioneta estuvo antes sobre él, emergiendo de nuevo de entre los árboles. Rápida, picó hacia la pared de ladrillo, al verle escalándola.

Con un juramento, sudoroso y fatigado, sintiendo que sus dedos, húmedos de transpiración, resbalaban sobre los ladrillos, Marsh procuró acelerar su maniobra sin dejarse vencer por los nervios, que en ese momento supremo podían traicionarle, dejándole a merced del enemigo alado que se le venía encima.

Logró alcanzar la cima, el borde superior de la valla. Allí, agazapado, vio venir la avioneta albinegra hacia él, con el morro apuntándole directamente. Imaginó que también la boca de un arma automática, mortífera y terrible...

Borrosamente, captó un rostro tras los cristales de la cabina de mandos. Apuntó allí. Disparó dos veces. Luego, se tiró de bruces, desde tan considerable altura, sobre las cercanas copas de los árboles del bosquecillo perteneciente a la propiedad privada donde se había metido.

La avioneta rugió sobre él, pasó como una sombra enorme, igual que un águila lanzada con su pico mortífero en busca de la presa. Tableteó la ametralladora, estrellándose las balas en los ladrillos, en las ramas de los árboles... Marsh, colgando de una de las ramas donde las balas no llegaron, descendió como un simio, deslizándose a tierra, a la zona umbría, cubierta por los arbustos, donde tan difícil le sería a la avioneta descubrirle.

El motor se alejó. Esta vez, no volvía tan prestamente. Además, sonaba mal, como si hubiera cambiado su ritmo de funcionamiento. Marsh miró a la altura. Descubrió una nube de humo oscuro, allá donde había desaparecido el avión tras la valla.

Repentinamente, un silbido sordo llegó a sus oídos. Y terminó en un formidable estallido, en una llamarada vivísima incluso en la luz de la tarde, en alguna parte, allá en la zona residencial...

La avioneta asesina había caído.

* * *

—¿Se encuentra bien, Dick?

—Perfectamente, inspector —suspiró Marsh, dejándose dar fricciones en su dolorido cuello y tobillo por las suaves y diestras manos de Hazel. Miró a la morena, escultural muchacha, ataviada ahora con una especie de roja túnica de seda, abierta lateralmente, desde el zapato rojo hasta el final de su largo, elástico, bronceado muslo.

—Y esos masajes...

—Simples esguinces sin gran importancia, inspector. La caída desde el árbol al suelo no fue todo lo suave que hubiera deseado.

—Pero está vivo, Marsh. Vivo y de nuevo en Los Ángeles, cuando pudo haber caído lo mismo que Miller...

—Tuve más fortuna que él, eso es todo. El lugar era más idóneo para rehuir el ataque, que aquella explanada desértica en Arizona...

—De modo que nuevamente lo intentaron con uno de nuestros hombres..., y precisamente cuando salía de ver a Turnball...

—No se fie demasiado de eso. Los Hancox también debían imaginar que, desde su ciudad industrial, iría a ver a Turnball a Wisconsin. Cualquiera de ellos pudo preparar la emboscada...

—¿Acertó al motor o al piloto?

—Creo que a ambas cosas, porque el motor empezó a roncar de

forma extraña. Luego, se ve que el piloto, alcanzado por mis balas cuando descendía en su ataque, no pudo hacerse con los mandos de la avioneta, estrellándose en una de las residencias inmediatas.

—Fue una suerte que no hubiera víctimas inocentes, Marsh.

—Sí, una gran suerte. En realidad, todo resultó muy afortunado, para lo que pudo haber sucedido. ¿Han logrado identificar a los ocupantes del avión?

—Sólo en parte. Se sabe que uno era un hampón, un pistolero a sueldo habitual. El piloto posiblemente sea un desertor del Arma Aérea, según los expertos federales. De cualquier forma, son gente a sueldo. Solamente eso, Marsh. Nada seguro, nada cierto ni comprobado. Pero, evidentemente, pagados para hacer lo que hacían. Ahí termina sin duda la pista.

—¿Ni un indicio sobre el posible responsable, el que pagó todo eso?

—Ni el más leve indicio, Marsh. La avioneta es la misma de Arizona, a no dudar. O, por lo menos, de igual flotilla. Se está investigando eso. Pertenecen a un aeroclub comercial con sede en varios Estados, en aeródromos privados. Si todos los vehículos aéreos de alquiler tienen idénticos colores, es que se trata de diferentes avionetas, alquiladas con pretextos de tipo comercial publicitario, pero en realidad con un solo objetivo real: matar...

—Matar... —suspiró Marsh, relajados sus nervios bajo las suaves, firmes caricias de los dedos femeninos, expertos en el masaje—. Cielos, uno se siente mucho mejor cuando sabe que pudo haber muerto... y descubre que, en realidad, aún no ha pasado por ese lamentable trance.

—Cuando ello ocurra, Marsh, ni siquiera podrá descubrirlo ni lamentarse de ello —rió sordamente Granger, contemplando a su subordinado, tendido en la mesa de masajes del gimnasio privado que Marsh poseía en su residencia de Los Angeles, con aquella masajista de excepción que era la morena, curvilínea y sensual Hazel, la muchacha a la que Marsh calificaba simplemente como «secretaria» suya, aunque Granger jamás vio a una secretaria tan completa en todos los terrenos.

—Espero que no sea así —sonrió Marsh, guiñándole un ojo—. Que no ocurra... y que no tenga nadie que lamentarse por ello, inspector. Me gusta vivir. Me gusta continuar en este mundo, pese a

sus imperfecciones y sus problemas. Incluso teniendo por enemigo a un avión que vomita la muerte. Aun así, me gusta vivir.

—Marsh, hablando seriamente, ¿qué sacó en limpio de sus visitas a los Hancox y a Turnbull?

—Que cualquiera de ellos es lo bastante ruin y malvado para hacer cualquier cosa contra el otro... y contra quien sea, si con ello se beneficia a sí mismo. No es una impresión muy halagüeña, ¿no le parece?

—Ciertamente, no. Pero, de todo ello, ¿sale algo en claro respecto a los sabotajes?

—Muy poco. Y muy turbio todo. Unos rechazan los sabotajes y me quieren sobornar para que yo les ayude en su maniobra. Según dicen, por pura y simple defensa de sus intereses en la Bolsa.

—¿Y el otro?

—Turnbal admite que son sabotajes, lo subraya abiertamente, y me paga una fortuna para que ayude a su punto de vista, hundiendo a los Hancox, sólo diciendo públicamente ciertas cosas que harían bajar las acciones Hancox como simple basura.

—¿Miente alguno?

—Pueden mentir los dos. O no mentir ninguno.

—Eso no aclara nada, Marsh.

—¿Cree que no lo sé? —se irritó Marsh, pegando en la mesa blanda donde reposaba boca abajo y dominándose solamente cuando el sedante roce de los dedos de Hazel en sus tendones y nervios le relajaron lo suficiente—. Inspector, no hay nada claro por ninguna parte. Esos supuestos sabotajes siguen siendo algo sin sentido, a no ser que sea cierta la acusación de Turnbull, de que la supuesta generosidad de los Hancox con el pueblo americano es solamente una máscara para fingir unos gastos cinco o diez veces mayores de lo que en realidad fueron, para eludir los impuestos al Fisco por una cuantía de docenas de millones.

—Eso tiene cierto sentido.

—Sí, cierto sentido..., pero no todo. Hay algo que falla, y me gustaría saber lo que es...

—En resumen, sus posibilidades se agotaron ya —sentenció Granger—. Ya no tiene a nadie a quien interrogar.

—Claro que tengo a alguien —rió Marsh burlonamente—. Aún me falta el mejor de los testigos.

—¿Quién?—se asombró el inspector federal.

—La muchacha púrpura.

—¿Quién ha dicho? —el estupor de Lester Granger fue en aumento.

—La dama del cabello color violeta purpúreo, inspector—los ojos agudos, burlones del federal millonario se clavaron en su superior—. ¿No comprende que eso todavía no lo hemos aclarado?

—Sí, pero... ¿dónde piensa encontrar a la muchacha del pelo púrpura?

—No lo sé —Marsh miró pensativo a la hermosa Hazel, su secretaria, que continuaba ahora la sesión, friccionando suavemente, con firmeza terapéutica, sin embargo, las vértebras cervicales de Dick y también su torcido tobillo—. Pero sí sé de dónde voy a sacarme una segunda dama púrpura, inspector.

—¿Quiere decir que pretende...?

—Exactamente. Pretendo crear una artificial, puesto que la verdadera no aparece. Y esa dama púrpura falsificada... va a ser Hazel Leeds, mi secretaria.

* * *

—Estoy dispuesta, jefe.

—¿De veras, Hazel?

—¿Alguna vez le dije una cosa por otra? Mi lealtad está probada...

—Eso lo sé, Hazel —Marsh acarició sus cabellos oscuros, sedosos, brillantes como si el azabache pudiera hilarse— Lo sé, y me emociona tu fidelidad, pero creo que estoy obligado a advertirte algo.

—¿Qué, señor?

—Ese papel puede ser peligroso. Muy peligroso para ti.

—No me importa —sonrió ella con dulzura.

—Hazel, sólo trato de que entiendas bien esto. No se trata esta vez de hacer algo trivial. Puede ser fatal para ti. Existen las mismas posibilidades de que la muchacha del pelo púrpura sea una enemiga de la Ley... o una adversaria de los sabotadores. No sabemos nada de ella. Sólo lo que nos contó Hawk, un mestizo de piel roja que vendía emparedados en bolsas de plástico, en las cercanías de la inauguración de la Presa Gila. Según ese relato, pudo ser amiga o

enemiga de Miller, todo depende de una serie de circunstancias que aún están por averiguar.

—No me importa. Afrontaré cualquier riesgo. El que sea — declaró ella serenamente, contemplando a Marsh muy fija.

Dick enarcó las cejas.

—¿Incluso el de morir asesinada? —puntualizó.

—Incluso ése, sí.

Marsh apretó los labios. Luego, señaló los frascos de tinte.

—Bien, Hazel. Haz lo que desees. Ahí tienes eso. Tiñe tu cabello, tus cejas e incluso tus uñas, si lo deseas. Usa el púrpura como tono de tu «toilette». Pero ya sabes lo que eso puede significar...

—Sólo sé que usted necesita una muchacha de pelo violeta — sonrió Hazel, irguiéndose arrogante. Sus pechos erectos y firmes se dibujaron nítidos a contraluz, bajo el rojo vivo de su túnica entre moderna y clásica—. Yo seré esa chica...

Y destapó el frasco del primer tinte.

CAPITULO VI

LOS binoculares se enfocaron en la Presa de Gila.

Contempló el majestuoso descenso de los torbellinos de rugiente agua espumosa por las compuertas de la presa. El alto muro de cemento era como una mole ingente, faraónica. El agua descendía, tumultuosa, en busca de la central hidroeléctrica de aquella zona, y también de los surcos de regadío, como un sistema venoso fundamental para aquellos lugares áridos de la tierra reseca de Arizona.

Hacía apenas una semana que fuera inaugurada. Sus ojos vagaron por las planicies inmediatas, por las chollas y artemisas cercanas, por muchos puntos donde todavía las banderitas de papel del Estado de Arizona y de la Unión aparecían como jirones descoloridos, al aire reseco de la llanura.

Allí estuvo una multitud, allí estuvo una banda militar, unos dirigentes políticos e industriales, unos vendedores de bebidas, de alimentos, de mil cosas heterogéneas. Allí estuvo Benny Miller, huyendo a una avioneta asesina. Allí estuvo también una muchacha de pelo púrpura...

Se volvió en redondo desde la altura que dominaba el paisaje, con la grandiosa obra del embalse. Podía estar hecha con malos materiales, pero su aspecto general era bueno, sólido, macizo...

Sacudió la cabeza Marsh, pensativo. No veía por parte alguna el fallo de los materiales, aunque éste podía incluso engañar a un ingeniero, hasta el momento mismo de producirse el fatal resquebrajamiento. Una catástrofe que podría anegar cientos de millas, arrollar poblaciones, industrias y toda clase de caminos en cuanto el agua embalsada liberase sus miles de toneladas, al menor fallo de la gran pared levantada al efecto.

—Todo parece estar bien —masculló—. Y, sin embargo...

No comentó más. Interiormente, algo pretendía asaltar sus

pensamientos, apoderarse de sus ideas, señalarle algo que, en alguna parte de todo aquel panorama gigante tanto por parte de la Naturaleza como por la mano misma del hombre, no marchaba todo lo bien que parecía.

Algo, en suma, que justificase su presentimiento, su rara corazonada de que el peligro, el siniestro peligro, fuese lo que fuese, no andaba muy lejos de allí, no estaba distante de él, ni mucho menos.

La sensación instintiva era que con sólo estirar la mano, con alargar sus dedos hacia alguna parte, tocaría algo.

Pero ¿qué? ¿Dónde?

No, no tenía nada sólido en qué apoyarse. Simples intuiciones, corazonadas oscuras, ideas sin forma. Nada de nada.

Dick Marsh bajó los binoculares. Caminó por las laderas, hacia el cercano pueblo. Gila Horn era un lugar poco frecuentado y escasamente habitado. Alguna vez, en el pasado heroico y novelesco de Arizona, sería un típico pueblo del Sudoeste. Seguía siéndolo, claro. Pero en su moderna versión. Una sola calle, ancha, polvorienta, como la principal que cruza Las Vegas entre casinos y «night-clubs».

Sólo que Gila Horn no tenía casinos ni clubs nocturnos. Solamente tiendas, garajes, cafeterías, almacenes, «drug-stores», un «burlesque» como única atracción nocturna, y poca cosa más. Edificios bajos, calle soleada, polvo y calor, hombres en mangas de camisa, muchos de ellos de origen indio, con piel cobriza y cabellos negros y aceitosos.

Distaba dos millas de la presa. Sería uno de los sitios arrollados por el agua, si algo trágico sucedía un día en aquel muro de contención. Abundaban los automóviles «ranger», los largos coches de suave suspensión, de colores vivos, acaso para que contrastaran con el tono monocorde y turbio de la llanura desértica, puro yermo.

Se hallaban coches por doquier, aparcados en hileras ante las anchas aceras de la única calle del lugar. Y tiendas dedicadas a vender coches usados a precios increíbles. Y cementerios de automóviles de deslumbrante carrocería. Casi siempre, vehículos vencidos por el desierto, por el polvo, el sol y la sequedad.

Había también profusión de sombreros tejanos, de armas al cinto. Era fácil suponer que aquellos lugares eran violentos, salvajes

incluso. Sitios donde los forasteros no eran bien vistos.

Dick Marsh no hizo gran caso de nada de eso. Compró cigarrillos en una tienda, un diario en otra, pasó frente al hotel y frente a un club donde se acomodaban varios haraganes del lugar a la sombra del porche, y finalmente se paró ante un bar-cafetería, largo y estrecho como un vagón de ferrocarril.

Dentro, rebotaban las bolas de acero de una máquina electrónica, entre nota y nota de las estridentes guitarras eléctricas de algún conjunto poco conocido que tocaba algo muy conocido, en una pésima interpretación.

Marsh se detuvo a la entrada del bar. Miró al fondo de la barra. Allí estaba ella. La muchacha del pelo púrpura. Había entrado poco antes por la puerta del otro lado del largo local. Estaba dejando su bolso en el mostrador y cruzaba indiferente sus piernas, con pantalón color púrpura y botas de charol claro. Un chaleco también púrpura se abotonaba sobre una blusa blanca, de seda.

—Hola —saludaba ella al «barman».

—Hola —contestó él, mirándola con asombro—. ¿Nos conocemos, preciosa?

—Es posible —ella se encogió de hombros—. Tengo sed.

—Seguro que nos conocemos. Nos vimos antes, ¿recuerda?

—No, no recuerdo —miró indiferente al «barman», que se aproximaba a ella, con una mueca obsequiosa en su rostro pecos, bajo la melena roja como el pelo de la panocha—. Le dije que tenía sed.

—Por supuesto que tiene que recordarlo, preciosa —insistió el «barman», limpiando el mostrador ante ella—. Yo lo recuerdo muy bien. Nadie tiene ese color de pelo, encanto. Entonces me pareció diferente, pero supongo que no tuve tiempo de fijarme como ahora, con tanta gente que venía a la inauguración. ¿Recuerda ahora? La inauguración de la presa...

—No recuerdo nada. Y mi garganta se seca.

—Estuvo aquí, preciosa. Ha de recordarlo. Yo le refrescaré la memoria. ¿Verdad que va a tomarse menta con hielo y soda?

—¿Cómo lo supo? —se sorprendió la muchacha.

—Ya le dije que la vi entonces aquí. Usted no se puede despintar. Con ese color de pelo... Cielos, nunca vi uno igual. ¿Verdad que estuvo en la inauguración?

Ella se inclinó, confidencial.

—No hablemos ya de eso —musitó—. Y a ver si está bien fría esa menta con soda...

El «barman» rió, asintiendo. Se alejó a buscar lo que ella tomaría. Dick Marsh observaba todo eso indiferente. Saboreaba su propia consumición. Y miraba, a través del espejo, a los presentes en el local. Aparte la natural atracción que una mujer hermosa y llamativa ejerce sobre los varones que la rodean, nadie parecía dar especial importancia al color de su pelo.

Eso resultaba extraño. Muy extraño. Tal vez la habían visto ya en más de una ocasión. Quizá el color de la melena les era familiar a todos, de ahí su indiferencia.

La menta estaba servida. Era obvio que ya antes una mujer de pelo púrpura pidió esa bebida. Marsh creía estar sobre la buena pista. Esperaba que nadie se diera cuenta del rostro auténtico de la dama del pelo púrpura. Posiblemente, en nada se parecía a ella, a Hazel, que ahora representaba el papel de ella con absoluto desparpajo y admirable dominio de sí misma.

Una mujer con tal color de pelo y ropas, muchas veces pasa inadvertida en cuanto a sus facciones, interesado todo el mundo más en su aspecto general, en su extraña predilección por aquel color, que en cualquier otro factor de su personalidad.

¿Ocurriría igual con todos? ¿Habría allí alguien interesado en la dama del pelo púrpura? ¿Alguien que también estuviera interesado en el asesinato de Benny Miller, en la Presa de Gila, levantada por el mecenazgo de S.R. Hancox?

Marsh terminó su consumición sin que nada hubiera sucedido. Ella pagó, eludiendo el flirteo con el «barman» pelirrojo. Se encaminó a la salida, resueltamente. Todos los presentes siguieron sus pasos suaves, femeninos, de leve taconeo hacia la puerta. Iba a salir por la posterior, la misma que utilizó para entrar en el local.

Dejó Dick su propio dinero bajo el vaso vacío, y se movió en dirección a la misma puerta, sin prisas.

La joven del pelo purpúreo cruzaba ya una calle lateral, soleada y desierta, hacia un lugar donde se leía:

«BUS STATION. GILA HORN-PHOENIX.»

Bajo una marquesina se alineaban hasta cuatro autobuses de carrocería azul, esperando sin duda sus respectivas horas de salida. Hacia allí se movía con seguridad y firmeza la muchacha del pelo púrpura.

Solamente Marsh sabía que ella no era la misma mujer que fuera perseguida aquel día por Benny Miller, sino una contrafigura creada por él mismo: Hazel, sometida al tinte púrpura, a un maquillaje que hiciera más suave y claro el color de su epidermis, siguiendo las indicaciones de Hank Hawk, el único testigo.

No sabía dónde conduciría todo aquello. Sólo sabía que allí existía un posible riesgo para su secretaria; pero ella había aceptado de buen grado su papel en la farsa, y por ahora nada había sucedido.

Tal vez, después de todo, las teorías de Marsh estuvieran equivocadas, y el pasear a Hazel por doquier, con aquel color de pelo y de ropas, no condujera a nada práctico en la realidad.

Justamente entonces, como si sus dudas hubieran sido escuchadas y alguien tuviera interés en sacarle de ellas lo antes posible, ocurrió lo que Marsh había estado temiendo desde que convenció a la muchacha para representar su papel.

Lo que sucedió, fue que un arma, en alguna parte, ladró repentina y ruidosamente. Retumbó una detonación en la calle. Luego, otra. Hubo dos silbidos, el maullido de una bala rebotada, y el golpe sordo de otra, hundiéndose en algo blando.

La joven del pelo color púrpura emitió un grito ronco, se detuvo en seco, como si el impacto hubiera frenado sus impulsos todos. Luego, rodó de bruces, dando una voltereta por el suelo, para terminar quedando inmóvil bajo el sol, en medio de la calle desierta.

—Hazel... —musitó roncamente Marsh, muy pálido, sin levantar la voz apenas—. Oh, no, Hazel, no...

Luego, echó a correr hacia ella, cuando ya restallaba otra detonación, y una bala maullaba cerca de su cabeza, perdiéndose en el vacío de la inquieta tarde.

Marsh, precipitadamente, se arrojó de bruces, dando un tumbó para eludir cualquier disparo, lo cual resultó muy oportuno, ya que la bala se clavó en el suelo, junto a su cuerpo, levantando una nubecilla de polvo gris.

Allá, ante él, Hazel, en su papel de la dama del pelo púrpura, no se movía del suelo, tendida de bruces, inmóvil, aparentemente sin vida...

CAPITULO VII

PEGADO al suelo su rostro, con el rabillo del ojo astutamente dirigido, Marsh descubrió el origen de los disparos.

Era allá lejos, a la izquierda de la estación de autobús. De detrás de una cerca surgían los disparos asesinos.

Una leve nubecilla de humo, entre unas plantas, acusaba el origen de los balazos dirigidos contra ellos. Marsh rodó un poco más, hasta cubrirse con una boca de riego. Esta recibió una bala, cuyo maullido retumbó de forma escalofriante en el silencio de la cálida tarde.

Marsh, rápido, se incorporó, siempre protegido por la boca de riego. Hizo fuego contra aquellas plantas resueltamente. Su arma vomitó proyectiles tres veces seguidas.

Las balas segaron hojarasca y astillaron madera de la cerca. Inmediatamente, una sombra se despegó de las plantas y buscó su salvación en la fuga desesperada.

Marsh disparó de nuevo, sin gran éxito. La bala silbó por encima del fugitivo apenas visible tras los arbustos. Eso no redujo su carrera ni la detuvo.

Por el contrario, debió acelerar en velocidad al sentirse perseguido por los disparos de Dick Marsh, y se perdió absolutamente, sin que fuera visible nada de él.

Dick se arriesgó a abandonar su parapeto, para lanzarse vertiginosamente en pos del que huía. Antes, se inclinó sobre Hazel, la contempló, alarmado. Ella no se movía del suelo.

Pero le guiñó un ojo, musitando entre dientes.

—Estoy bien, jefe. Era una tontería seguir en pie, para ser blanco de otro disparo. Es preferible darse por muerta, ¿no cree? La bala me alcanzó en el chaleco salvavidas, bajo la blusa...

Marsh respiró aliviado, continuando la carrera. Al menos, ella se había librado de lo peor. No fue mala prevención dotarla de aquella

mallá especial contra las balas, en previsión de lo que pudiera suceder.

En zig-zag alcanzó los matorrales tras la cerca. Miró a través de ellos, en busca de su adversario fugitivo. Le vio correr, allá en la distancia. Un gorro oscuro cubría su cabeza, y un pantalón y una chaqueta grises, amplios, le hacían irreconocible.

Marsh continuó la persecución, sin importarle el peligro. Su enemigo corría hacia una cercana loma, por cuya pendiente parecía que iba a subir, para huir a la caza de que era objeto.

Rápidamente, Marsh aumentó su carrera, saltando sobre zanjas y matorros, en busca de su contrario.

Este se volvió un momento. El gorro, dotado de largo visera al estilo montaño, le impidió descubrir el rostro del fugitivo, que parecía enjuto, pequeño y pálido.

No podía detenerse a disparar, porque era un rifle lo que esgrimía, y en movimiento era obvio que no tenía gran confianza en alcanzar a Marsh, ni siquiera inquietarle.

Marsh sonrió para sí. Eso significaba que estaba más cerca del triunfo todavía. Podía alcanzarle fácilmente. Su carrera era mucho más veloz que la del perseguido, cuyas fuerzas en la pendiente comenzaron a flaquear de manera ostensible.

Dick apresuró el paso. El fugitivo, repentinamente, se paró, dejó caer de rodillas, se revolvió y llevó el rifle a la cara, para disparar contra Marsh.

El federal se limitó a apretar el gatillo de su arma sin una vacilación. No tiró a matar. El rifle voló de manos del enemigo, arrancado por el balazo certero.

Su adversario se quedó indefenso. Marsh corrió hacia él, arma en mano, dispuesto a todo. El otro intentó escapar. Marsh cubrió en largas zancadas la distancia que le separaba de su adversario.

Luego, cuando éste intentaba evadirse, el federal cayó sobre él con todas sus energías.

Rodaron ambos cuerpos por el suelo, entre una polvareda. Forcejeaba el adversario en vano. Marsh le golpeó en el mentón, y la cabeza de su enemigo fue atrás, hasta quedar inmóvil contra el suelo.

Marsh resopló, agotado. Se irguió. Miró a la persona a quien retenía entre sus piernas, vencida en tierra.

El gorro de visera se había caído. Ahora revelaba lo que había debajo.

Una larga cabellera de mujer.

Una cabellera color púrpura.

* * *

Ella abrió los ojos.

Se encontró con la automática de Marsh ante su nariz. Pestañeó, aterrada. Cerró los ojos con un gemido.

—No, no, Dios mío... —rogó—. No dispare...

—Debería hacerlo sin contemplaciones —sonó la dura, áspera voz de Marsh—. Usted lo hizo antes, ¿recuerda?

—Son mis enemigos.

—¿Quiénes son sus enemigos?

—Ustedes. Los dos. Esa falsaria que se hace pasar por mí... y usted.

—No diga estupideces. ¿Quién es usted?

—De sobra lo sabe, cuando está aquí, tratando de usurpar mi puesto.

—¡Hable de una vez! ¿Quién es usted, jovencita?

—Mi nombre lo conoce muy bien. Sheena. Sheena Kane.

—Sheena Kane. Nunca lo oí antes de ahora.

—¡Miente!—vociferó ella, forcejeando entre sus piernas.

—¡Le dije que nunca lo oí y es verdad! —replicó Marsh, virulento. Y la retuvo con firmeza, apoyando sus rodillas sobre los pechos de la joven, simulados bajo sus amplias ropas grises de hombre—. ¿Qué hace aquí? ¿Qué hacía cerca de Benny Miller, el día de la inauguración de la presa, cuando él fue asesinado?

—¿Benny Miller? No sé de quién me habla...

—Vuelve a mentir. Benny era un agente federal. La persiguió, tratando de capturarla. Y un avión azul y negro le acribilló a balazos. ¿Recuerda ahora?

—No sé nada de Benny Miller... —los ojos de ella eran grandes y jaspeados. Reflejaron terror—. Tampoco sé nada de ese avión azul y negro.

—Escuche, preciosa, sea usted quien sea. Soy Dick Marsh, del F.B.I. Compañero del hombre asesinado aquel día, el que trató de alcanzarla entre la multitud. He traído aquí a una doble, para tratar

de hacerla servir de señuelo. Pero no resultó el truco sino en parte. Sólo acudió usted, la verdadera chica de pelo púrpura.

—No le creo una palabra. Usted no es un policía.

—¿No? Mire esto —le mostró su credencial—. Dick Marsh, del F.B.I. División de Defensa Nacional. Va a pagar caro todo esto. Atentado a un federal, a su secretaria... Y mezclada en la muerte de otro. No saldrá bien librada, si no revela quiénes son sus cómplices y qué papel representa usted en todo esto.

—De modo que es cierto...—dilató mucho sus ojos jaspeados, de tono verdoso—. Cielos, y pude haberle matado. A usted, que es del F.B.I..., y a una chica que cooperaba con usted.

—Claro que pudo habernos matado. No tira nada mal. ¿A quién va a contarme ahora que esperaba asesinar a tiros?

—No quiero asesinar a nadie. Sólo defenderme. Vivo oculta desde entonces... Al ver a una chica de pelo púrpura en Gila Horn, tuve miedo. Pensé que venían a engañar a alguien, a utilizarme a mí como cebo, y quise poner las cosas en su sitio.

—Pues ya ve lo que hizo. Casi nos mata a los dos.

—De veras lo siento. Estaba deseando ponerme en contacto con ustedes, con el F.B.I. Necesitaba hablar, contarle a alguien cuanto antes lo que está sucediendo aquí... Y no podía confiar en nadie. Ahora mismo, incluso de usted tengo miedo. Me pregunto si, realmente, será quien dice ser o...

—Soy quien digo ser, cálmese—la atajó Marsh, irritado. Se incorporó, dejando que ella se liberase de su presión—. Vamos, póngase en pie, Sheena. Y venga conmigo. Iremos a reunimos con mi secretaria Hazel, que interpreta su papel con el pelo teñido. Bien, supongo que también el suyo tiene tinte...

—Por supuesto —ella casi rió al decirlo, por primera vez. Miró, sin embargo, con desconfianza, la pistola automática de Marsh. Se hizo más grave su gesto—. Bien, vamos a donde usted diga, federal. Estoy a su disposición.

La guió hacia donde se quedara Hazel tendida, en el polvo de la calle. Cuando llegaron, no había el menor rastro de ella. En la puerta del bar, vio a varios hombres que, sorprendidos, miraban a Marsh y a la chica del pelo violeta.

—Eh, oigan —llamó Marsh—, ¿Vieron dónde se metía la muchacha del pelo púrpura?

—¿La muchacha? —boqueó uno—. ¿No va con usted?

—No, no. Me refiero a la otra, la que estuve antes en el bar...

—No vimos nada. No abundan las chicas de pelo púrpura, amigo.

—Esta otra había caído ahí, en el polvo, justamente en ese punto —lo señaló—. Tienen que haberla visto...

—Oh, sí, ahora recuerdo—habló alguien, entre el grupo de los reunidos—. Era la que iba desmayada...

—¿Desmayada dijo? —Marsh sacudió la cabeza—. No, ella no estaba desmayada.

—Bueno, lo parecía. El chico se inclinó sobre ella, y yo creí que ella estaba consciente. Pero cuando el chico se volvió, ella yacía inmóvil. La alzó en brazos y se alejó con ella hacia allá—señalaron a un punto indefinido.

—Por todos los diablos, ¿quién era el chico? ¿Qué significa todo eso?

—Bueno, era ese muchacho... Ese joven tan simpático y amable... Amos Hancox, el hijo del hombre a quien todos debemos tanto...

—¡Amos Hancox! ¿Están seguros de lo que dicen?

—Y bien seguros, amigo —rió otro—. Todos conocemos al hijo de nuestro gran benefactor. Era el joven Hancox. Se llevó a la chica hacia allá.

—¡Vamos, hay que evitar que se salga con la suya! —rugió Marsh, tomando de una mano a Sheena Kane y lanzándose a la carrera hacia el lugar señalado por los del lugar.

—Será inútil, forastero —añadió alguien, con una carcajada—. Nadie puede alcanzar a Amos Hancox cuando conduce su bólido rojo...

Y como si fuera a confirmarlo, un lejano ronquido de poderoso motor de carreras rugió con fuerza, alejándose cada vez más, debilitándose en la distancia.

Una acre polvareda se elevó en la distancia, sobre los edificios de una sola planta. Marsh y Sheena se miraron, con desaliento.

Ellos parecían tener razón. El bólido de Hancox «júnior» parecía demasiado poderoso para ser perseguido fácilmente.

Y lo peor era que Hazel iba ahora con él.

Sólo porque Amos Hancox creía que ella era la muchacha de

pelo púrpura...

* * *

Los binoculares revelaron en la distancia la mancha roja del bólido de Hancox «júnior», poniendo docenas de millas por medio. Marsh anotó la clase de coche. Era un «Porsche» de color escarlata, modelo de aquel mismo año.

Corrió al teléfono. Marcó el número de emergencia para cualquier llamada a la Patrulla de Caminos, y dio los datos del coche. Luego, hizo igual con la oficina federal más próxima. Desde allí transmitirían la orden de captura a todos los puntos de Arizona e incluso de California, si pretendía pasar la divisoria con su cautiva.

—De modo que Hancox se llevó a la chica... —comentó amargamente la auténtica dama del pelo color violeta intenso.

—Sí, se la llevó —afirmó rotundamente Marsh—. Lo que no sé es las razones que pueden moverle. Parece que debió golpearla al inclinarse sobre ella, y la muchacha se quedó inconsciente, pudiendo ser conducida entonces por él a su coche. Si le hace algo a Hazel, le mataré.

—No creo que le haga nada. Debíó llevársela pensando que era yo.

Marsh giró la cabeza. Miró a la extraña muchacha de pálida faz, ojos asustados y melena púrpura.

—Usted... —masculló—. Sí, sin duda era lo que él creía. El color del cabello le desorientó. ¿Quién es usted exactamente?

—Ya se lo dije —habló débilmente ella—. Sheena Kane...

—Eso no significa absolutamente nada. Es su nombre, y nada más. Quiero saber quién es usted.

—Ya se lo he repetido: Sheena Kane, hija de Carter Kane.

—¿Carter Kane? Me suena ese nombre... ¿Quién es él?

—Era... era mi padre.

—¿Murió?

—Le asesinaron.

—Asesinado... ¿Por qué?

—Entonces, cuando hallé su cadáver, no podía saberlo aún. Luego tuve conocimiento de algo. Y supe lo que se escondía tras todo eso.

—¿Qué era lo que se escondía exactamente, Sheena?

—Es largo de explicar. Y difícil, Marsh...

—No importa. Tengo que saberlo. Un compañero mío, Benny Miller, supo lo que sucedía. Alguien debió informarle.

—Sí. Mi padre.

—¿El? ¿Está segura?

—Y bien segura. No sé a quién llamó, pero debió de ser a ese hombre que usted dice, porque él aseguró que estaría en la inauguración de la Presa de Gila para comprobar lo que mi padre le decía...

—Siga, por favor.

—Mi padre también le dijo que tuviera cuidado, que no se fiara de nadie, que mirase al cielo, de donde podía llegar la muerte en cualquier momento.

—Y fue así. Llegó. Su padre sabía muchas cosas, Sheena.

—Sí, muchas. Creo que era el hombre que más sabía de todo esto. Por eso murió. Por eso le asesinaron. Tenían que tapar su boca como fuese.

—Como fuese... —suspiró Marsh, apagadamente—. Siga, por favor. Siga, Sheena. Le mataron. ¿Cómo sucedió, y en qué forma?

—Justamente dos días antes de la inauguración de la presa. A las pocas horas de informar a ese agente federal amigo suyo. Alguien debió interceptar la llamada. Y eso firmó la sentencia de muerte de los dos. Primero cayó mi padre. Luego, esperaron a ver quién era el que sabía la verdad. Yo acudí a la ceremonia inaugural, tratando de avisar al hombre a quien mi padre hizo la confidencia. Pero no sabía siquiera quién podía ser, no le conocía y no podía fiarme, por si era un enemigo el que me abordaba y yo era muerta allí mismo. Por eso huí de él. Luego, al ver lo de la avioneta azul y negra, comprendí... Pero ya era tarde. Le habían asesinado ante mis propios ojos, sin que yo pudiera hacer absolutamente nada por él...

—Comprendo cómo debe sentirse, pero piense que nada ni nadie podía evitar que las cosas sucedieran como sucedieron. Usted, al menos, salvó su vida ese día.

—Hubiera dado algo por salvar también la de aquel infortunado federal...

—Sí, todos daríamos algo de nosotros mismos por ello, pero ya no tiene remedio —le confortó Marsh, con cierta entonación

agridulce en la voz—. Sheena, por favor, ¿qué es lo que sabía su padre? ¿Quién era él, exactamente?

—Él... él era el arquitecto de las obras que hizo realizar Hancox en diversas partes del país.

—El arquitecto... —los ojos de Marsh brillaron—. ¿De todas las obras industriales que han sufrido el misterioso sabotaje?

—Sí, Marsh, exactamente.

—Entonces, sabrá el motivo por el que él llamó a mi compañero Miller, lo que le reveló en su información, lo que causó su muerte...

Sheena le miró largamente. En sus ojos hubo una expresión indescriptible de duda, de vacilación, de incertidumbre. Al final, meneó negativamente la cabeza, para responder:

—No, no lo sé... Ese fue un secreto que él se llevó a la tumba...

CAPITULO VIII

LOS ojos helados, grises y fríos se mantuvieron fijos en Dick Marsh con una obsesiva intensidad.

—No debí recibirle —manifestó por fin el hombre inmovilizado en la silla de ruedas.

Marsh enarcó las cejas. Su gesto siguió siendo desafiante.

—Escuche esto, poderoso y omnipotente señor Hancox —replicó con dureza—. No me asusta usted en absoluto. Por muy rico y grande que sea, deberá pagar como todo el mundo por las responsabilidades contraídas con la sociedad, esté bien seguro de eso.

—Yo estoy seguro de muchas cosas, jovencito. Entre otras, de que mi persona está muy por encima de la Ley en todo momento. Sus palabras no van a impresionarme como si estuviera hablando con cualquier sospechoso de esos que acostumbran ustedes los polizontes a intimidar fácilmente.

—No trato de intimidarle —replicó Marsh, irritado—. Sólo trato de hacerle ver que su hijo Amos ha cometido un delito al raptar contra su voluntad a una mujer, llevándola en su coche con rumbo desconocido.

—¿Y quién diablos le dice que ha sido un rapto? —rió sardónico el viejo—. Mi hijo Amos tiene atractivo para las chicas. Y mucho dinero. Cualquiera se iría encantada con él a cualquier parte del mundo...

Se dominó Marsh con dificultades para no estampar un directo en el rostro de halcón de aquel viejo e inmovilizado «tycoon» que se creía el amo del mundo.

—Fue un rapto—sostuvo fríamente—. Y pienso acusarle de ello.

—Tonterías, federal —dijo despectivo el viejo—. ¿Cuánto quiere para olvidar el asunto y esperar que la chica vuelva por su propio pie? ¿Diez, veinte mil dólares? Mi secretario le extenderá un talón

por esa suma y...

—Señor Hancox, su dinero es basura para mí —cortó glacialmente Marsh—. No quiero billetes suyos, sino explicaciones de sus labios. Quiero responsabilidades ¿Va a asumir usted la de su hijo Amos, o prefiere que el F.B.I. le persiga por raptor y le cosa a balazos en cualquier sitio donde le den caza?

—Si alguien hiciera eso con Amos, usted y todo su F.B.I. serían aplastados como cucarachas bajo mi piel —replicó el viejo multimillonario.

—Pues yo voy a hacerlo si no obtengo pronto explicaciones, y si mi secretaria Hazel no aparece sana y salva. Por usted y por Amos, será mejor así.

—Veo que le ofrecí poco dinero. Se cotiza caro, ¿eh, joven? Hace bien. Llegará lejos así. Está bien, diga que le extiendan el talón por cincuenta mil. Es una suma envidiable.

—No me vendo, señor Hancox. Al fin encontró a alguien que no se vende. Le sorprende, ¿no es cierto? Le sorprendería menos aún si echara un vistazo a mi cuenta corriente. Tengo más de quince millones de dólares en el Banco, y otros diez o doce en propiedades. Es una miseria a su lado, pero eso me sitúa al margen del soborno, ¿no es cierto?

—¿Usted tiene eso? —el tono de Hancox se hizo despectivo—. Vamos, vamos, no me venga con historias de hadas. ¿Qué pretende? ¿Cobrar millones sólo porque Amos se encaprichó de su secretaria?

—Señor, él tiene razón —intervino con humildad el rubio Prentiss, testigo de la dura escena en la gran Torre de Hancox, en Hancox City—. He investigado su identidad. Es Richard Lewis Marsh. Heredó una fortuna inmensa. Es muy rico..., pero sigue en el F.B.I.

—Vaya... —resopló el millonario, clavando sus ojos de acero en el sonriente, agresivo Dick Marsh, con aire contrariado, casi furioso—. ¿De modo que es cierto que hay alguien insobornable en este mundo?

—No es cuestión de dinero. Antes de esa herencia, yo era el mismo. Imposible de sobornar —replicó Marsh con frialdad—. Pero ahora, naturalmente, estoy al abrigo de cualquier tentación. Por eso me dan pena sus métodos, sus eternos recursos de comprar a la gente. Así se llega a la cumbre fácilmente, ¿verdad, Seymour Robert

Hancox?

—Me está insultando, joven.

—Claro que le estoy insultando. Decir la verdad es insultar siempre, cuando el que recibe la verdad es un gran hombre del mundo actual, un genio de las finanzas, de la política o de la industria. Por regla general, el origen de todo ese poder es oscuro, viscoso e inconfesable. Usted también empezó vendiéndose, ¿no es cierto? Y su viejo socio Turnball lo mismo. Así se inicia la gran carrera hacia el poder y la fortuna. Hancox, exijo que su hijo devuelva a Hazel sana y salva y se confiese culpable de ese hecho. Lo exijo lo antes posible. Y exijo más: pido que me diga usted por qué tuvo que morir un hombre llamado Carter Kane.

—¿Carter Kane? ¿Y yo qué diablos sé de eso?

—Debe saberlo alguien. Era el arquitecto de sus obras donadas al país. Murió, porque sabía algo sobre esas obras que tan fácilmente se desploman o sufren accidentes inexplicables. Le asesinaron, como luego asesinaron a Benny Miller, del F.B.I., por saber lo mismo que él sabía. Como asesinarían a su hija Sheena, si pudieran hallarla, sólo porque a ella le confió su padre toda la verdad.

—Prentiss, llévase a este hombre —farfulló rabioso el millonario—. No sé de qué diablos está hablando...

—Será mejor que me acompañe, Marsh —pidió diplomáticamente Prentiss—. El señor Hancox se niega a seguir discutiendo con usted.

—Recibirá una citación ante un juez federal. Tendrá que hablar, le guste o no. Y entonces habrá de revelar todo cuanto sabe, o se le condenará a prisión, por muy rico y poderoso que sea.

—¿Yo a prisión? —se escandalizó el millonario, con ojos centelleantes—. ¡Ese hombre está loco, Prentiss! ¡Hágalo salir de una maldita vez por todas, y que nunca más vuelva a pisar Hancox City!

Condujo furiosamente su silla, haciéndola rodar hacia una puerta por la que desapareció violentamente.

Se quedaron mirándose Marsh y Howard Prentiss. El joven alto y rubio, el hombre que administraba y dirigía aquel enorme complejo humano e industrial, se volvió despacio hacia la salida opuesta a la utilizada por Hancox y su silla de ruedas.

—Vamos abajo —pidió lentamente—. Aquí, la palabra de Hancox es ley. Vale más que hagamos las cosas políticamente. Todo esto resulta tan enojoso, que no vale la pena dificultar más las cosas, ¿no le parece?

—Sí, ciertamente —aceptó Marsh—. No vale la pena. Vamos, Prentiss. Pero tenga en cuenta lo que le he dicho aquí mismo a su jefe. Yo no le temo. Ni a él ni a nadie. Y el F.B.I., tampoco. Vamos a seguir adelante. Si Hazel no aparece, será acusado de rapto. Si aparece muerta, será homicidio con rapto. Ni su viejo padre le libraría de la cámara de gas en ese caso.

—Sé que lo haría, Marsh, aunque fuese lo último que fuera capaz de llevar a cabo en esta vida —asintió Prentiss—. Pero no creo que Amos sea un malvado.

—Entonces..., ¿por qué raptó a quien creía que era la hija de Carter Kane, el arquitecto creador de las obras donadas por Hancox al pueblo norteamericano?

—No creo que fuese un rapto, Marsh. Tiene que haber un error en todo eso. Él no hubiera hecho tal cosa con su secretaria, de no existir por medio una razón muy concreta.

—¿Le parece poca razón la que existe? Hazel llevaba el cabello teñido de púrpura. Amos pensó que era la hija del arquitecto Kane y...

—Amos nunca pudo pensar eso... Porque Amos conocía perfectamente a Sheena Kane, y no se hubiera equivocado jamás de mujer, pese al color del cabello.

* * *

—¿Es eso cierto, Sheena? ¿Él la conocía a usted?

—Sí... —Sheena inclinó la cabeza, como si algo le avergonzara—. Eso es cierto.

—¿De modo que Amos no pudo equivocarse?

—No es fácil que se equivocara, si vio el rostro de su secretaria.

—¿Por qué no me dijo eso antes?

—Usted no me lo preguntó. Por otro lado, no pensé que Amos lo hiciera con esos motivos. Más bien imaginé que deseaba un rehén, asustado por sus pesquisas, y que se llevó a Hazel para saber lo que realmente sabía usted y lo que pensaba hacer.

—Sheena, debió referirme eso antes.

—En el aturdimiento y nerviosismo del momento, ni siquiera se me ocurrió, Marsh. De veras lo siento.

—Bien, ya no tiene remedio. Sheena, quiero que me ayude en algo. Dígame lo que sepa de Amos.

—¿No le han hablado ya de él?

—Mucho. Y todo ello fue malo. Me han dicho que es un borracho, inepto y gandul, incapaz de hacer nada bueno por la familia, y en cambio muy capaz de hundir en el futuro el imperio de los Hancox.

—No es cierto —replicó ella muy vivamente. Tan vivamente, que el rubor asomó a sus mejillas cuando Marsh la miró, sorprendido.

—Eh, espere... ¿Acaso... acaso está usted... enamorada de Amos Hancox?

—Sí. Estoy enamorada de él —confesó la joven en un hilo de voz—. ¿Cree que es un delito amar a Amos?

—No sé. Tal vez como me lo han descrito, realmente parece un delito fijarse en un hombre como él.

—No es así. No es como se lo refirieron. Amos está asqueado. Odia el dinero de los Hancox, odia cuanto le rodea. Está avergonzado de ser un Hancox. No debe temer nada por Hazel. No le hará daño. Se lo garantizo.

—Evidentemente, le quiere mucho —habló Marsh con sarcasmo—. Es la primera persona que habla así de Amos. ¿Él sabía que usted se ocultaba en Gila Horn?

—Sí. Por eso estaba él allí, cerca de mí. Quería protegerme.

—¿Protegerla? ¿De qué o de quién?

—De los asesinos de mi padre. Decía que él creía estar seguro de muchas cosas, y que en modo alguno quería perderme, Pero nunca aclaró sus palabras del todo.

—Siga. ¿Por qué cree que no hará nada a Hazel?

—Ya se lo dije antes. Él solamente quiere que las cosas se aclaren al fin. Él está deseando que los culpables paguen sus delitos. Dice que hay algo horrible y siniestro en todo esto. Y que cuando se descubra, será como si grandes murallas de soberbia y de poder se desmoronasen al toque de las trompetas, como los muros de Jericó.

—Muy bíblico. Pero ¿tiene sentido todo eso?

—Tiene que estar en alguna parte ese sentido, aunque yo no

sepa verlo. Amos no es un Hancox, afortunadamente. Desea una vida nueva, sin el lastre del dinero, del oro familiar. Es posible que alguna vez lo consiga, no lo sé. No aceptará regir a la familia ni llevar ese imperio de orgullo, él es distinto.

—¿Le ha dicho algo sobre lo que está sucediendo? ¿Sospecha él algo en torno a esos sabotajes?

—Sí, lo sospecha. Pero jamás me lo reveló.

—Todo el mundo cierra los labios, sella su boca para no hablar... —dijo con irritación Marsh—. Cielos, ¿cuándo terminará todo esto de una vez?

—No lo sé. Lo que puedo asegurarle es que Amos no es culpable de nada vergonzoso. Si acaso, solamente de no querer verse mezclado en nada que le repugne, en nada que signifique ambición, egoísmo, poderío.

—Esperemos a ver cuál es la verdadera versión de los hechos y de las personas —suspiró Marsh cansadamente—. Y esperemos que, ciertamente, Hazel vuelva sana y salva a nosotros, para empezar a creer en su amado Amos...

* * *

Lester Granger meneó la cabeza, dubitativo.

—Ella se equivoca. O miente, Marsh.

—¿Mentir? ¿Por qué habría de hacerlo?

—Ella no cree que Hazel vuelva tan fácilmente. No confía en Amos en absoluto, pero trata de engañarnos a todos con su romántica historia. No me fío de esa chica. Estaba cerca de Miller cuando murió. Ahora, estaba en esa población donde intentaron matarles a usted y a Hazel, y ella misma manejó el arma. Mientras la capturaba, él se llevó a Hazel violentamente. Todo eso es muy extraño, Marsh. Deberíamos arrestarla a ella, y buscar a vida o muerte a ese gandul delincuente.

—Espere, inspector. Algo me hace pensar que ella es inocente, que realmente cree lo que dice. No podemos precipitarnos.

—Pero, Marsh, ¿qué es lo que está ocurriendo? Esta pista no nos conduce a nada positivo, no sabemos siquiera en qué estamos metidos...

—Alguna vez lo sabremos, inspector. Presiento que nos vamos acercando más y más a su solución final. Sólo que hay que tener

paciencia, esperar y confiar en alguien, aunque sea alguien tan poco de fiar como Amos Hancox.

—Conforme, Marsh. Esperaremos. Pero creo que perdemos un tiempo precioso con todo ello.

—Me siento más impaciente que usted. Mi secretaria es una muchacha valerosa y decidida, una gran chica. Lo arriesgó todo en este juego, y ahora está corriendo acaso un grave peligro. O quizá esté muerta, no podemos saberlo. Pero hay que esperar y ver lo que sucede. ¿Supo ya algo sobre las avionetas negras y azules?

—Sí, Marsh. Y es algo extraño. No logro entenderlo bien.

—¿Qué es lo que no entiende bien?

—Pertenecían a un aeropuerto privado, como avionetas de alquiler, pero hemos averiguado que solamente los miembros militares del Pentágono tenían derecho a ser socios de ese club aéreo, para arrendar avionetas de tal tipo.

—¿Localizaron el nombre de la persona que arrendó la avioneta destruida en Wisconsin?

—Sí. Y ahí está lo raro. La arrendó un tal coronel Wellman, de Seguridad Militar.

—¿Existe esa persona?

—Existe, Nos hemos puesto en contacto con ella, y, naturalmente, el coronel Walt Wellman niega tener la menor relación con todo eso. Jamás arrendó avioneta privada alguna.

—¿Y su firma, su número de socio y solicitud?

—Todo coincide. Fue falseado por alguien, Marsh...

CAPITULO IX

WALT Wellman era un hombre afable, de cabellos blancos y bigote bien recortado sobre una boca enérgica. Militar perteneciente al Pentágono, a Seguridad Militar, de íntegro historial y expediente limpio en todos los aspectos.

—Realmente, no sé qué pensar, Marsh —confesó al agente federal que le visitaba en el Club Militar de Washington— ¿Quién pudo falsificar mi firma tan hábilmente, dar mis datos y recoger la avioneta sin despertar sospechas? Tuvo que ser una persona sumamente hábil, y cuya astucia y rapidez de acción sorprenden, tanto por su audacia como por su clara inteligencia.

—Creo que las personas que manejan todo este asunto desde la sombra no se detienen ante nada prácticamente —habló Marsh, con un suspiro—. De cualquier modo, no debe preocuparse, coronel. Usted está fuera de toda sospecha. Lo que interesa al F.B.I. es localizar a las personas que pudieron haber suplantado su personalidad para semejante fraude, encaminado a cometer acciones criminales con avionetas que sólo podían arrendarse a personal militar.

—Lamento no poderle ayudar mucho. Estoy tan confundido como usted mismo, y me pregunto cómo pudo suceder.

—¿Tiene usted amigos, personas en quienes no confíe demasiado?

—No, ninguna. Me gusta rodearme de gente de mi entera confianza.

—Bien, coronel. ¿Alguna relación con una familia llamada Hancox?

—¿Hancox? ¿Los famosos Hancox de...?

—Sí, los mismos.

—No, en absoluto. Leo las crónicas sociales y veo su nombre. Es todo. A veces he visto que inauguran donaciones industriales al

país, algunas de ellas al propio Ejército.

—¿Y el nombre da Turnball le dice algo?

—No, nada.

—Gracias, coronel Wellman. Creo que es todo...

* * *

Marsh colgó el teléfono con desaliento. Se volvió a Sheena, que le contemplaba en silencio.

—Nada —dijo con abatimiento—. Sigue sin saberse cosa alguna de Hazel.

—Tenga fe. No va a ocurrirle nada. Amos no le hará daño alguno.

—Amos y su fe en él... —sacudió Marsh la cabeza—. Quisiera tener la misma confianza en que todo saldrá bien.

—Ya verá como es así, Marsh.

—Pero, por ahora, no veo nada, salvo que Amos no aparece, pese a todo el movimiento federal en busca suya. Y que Hazel tampoco da señales de vida.

—En breve cambiarán las cosas, estoy segura.

—Yo no estoy seguro de nada —rezongó Marsh, irritado.

Paseó por la estancia, sumido en reflexiones poco agradables. Nunca había pensado que Hazel, su hermosa secretaria, a quien creía una simple extravagancia más de su nueva vida de millonario, pudiera significar tanto para él hoy en día, precisamente cuando la había perdido.

Nunca pensó en ella en otro sentido que en el de una hermosa secretaria que era la envidia de quienes visitaban su lujosa residencia de Beverly Hills, pero nada más.

Ahora, repentinamente, Hazel era algo más que una secretaria y que un lujo de vistosa apariencia.

Era una mujer.

Una mujer joven, hermosa, que le hacía sentir una profunda ira, un mal humor ostensible. Y que le haría reaccionar con la mayor violencia si algo llegaba a sucederle.

—Maldito enredo... —se enfureció, deteniéndose de repente y dando un golpe violento sobre un mueble. Miró a Sheena, que le había fijado una mirada medrosa, preocupada—. Cada vez entiendo menos todo esto ¿Qué es lo que está sucediendo aquí. Sheena?

—Sé tanto como usted...

—¿De qué modo conoció a Amos?—preguntó él de súbito.

—Era cuando papá trabajaba para la empresa constructora que los Hancox elegían para sus obras industriales... Amos vino algunas veces por la obra, cuando yo estaba acompañando a papá. Recuerdo que mi padre siempre se irritaba al verle aparecer, y me prohibió que le hablase.

—¿Eso hizo su padre?

—Sí. Eso era entonces. Luego, extrañamente, a última hora, me dijo que debía hacer caso a Amos, que era mucho mejor de lo que jamás imaginó... Y que aunque sus procedimientos no eran los más ortodoxos para llegar a ciertos fines, lo cierto es que lo que hacía lo llevaba a cabo honradamente y con su mejor voluntad de hacer todo el bien posible, para borrar el mal que hacían otros.

—Para borrar el mal que hacían otros... —reflexionó Marsh, sorprendido. Arrugó el ceño. Su mirada se fijó en la joven—. ¿Eso decía él?

—Sí, eso es lo que decía exactamente. Puedo recordar sus palabras como si estuviesen grabadas en mi memoria.

—Extrañas palabras las de su padre, Sheena. ¿Se paró alguna vez a pensar en ellas?

—No, ninguna. Luego, dejé de ver algún tiempo a los Hancox, cuando papá fue requerido para aquellas obras militares en Nueva York y Columbia, D.F.

—¿Obras militares?

—Sí. Depósitos subterráneos y cosas de esas. Nunca entendí bien todo eso que hace el Ejército...

—¿No lo hacía por cuenta de Hancox?

—No, no. Un tal coronel... coronel Wellman le encargaba los trabajos.

—¿Ha dicho... coronel Wellman? —saltó vivamente Marsh con expresión de enorme sorpresa.

—Sí, eso dije. ¿Le sorprende?

—Mucho... ¿Wellman contrataba a su padre, después de hacerlo Hancox?

—Bueno, contrataban a esa empresa constructora. Y mi padre iba allá de experto.

—¿Eso ocurrió más de una vez?

—Sí, creo que varias veces. Trabajaban indistintamente para Wellman, para Hancox... y para Turnbull...

—¿También para Turnbull?

—Sí, también —Sheena le miró, con sorpresa—. Pero ¿qué sucede, Marsh? ¿Por qué me hace todas esas preguntas?

—Porque creo que, inesperadamente, me acaba usted de descubrir algo que no había imaginado en modo alguno...

—¿Yo hice eso?

—Sí, Sheena. Ahora, sólo falta comprobar ciertos extremos...

En ese momento sonó de nuevo el teléfono en la estancia. Marsh lo descolgó rápidamente, preguntando con voz tensa;

—Aquí Marsh. Oficina Federal de Los Angeles. ¿Quién llama?

—Dick, soy yo, Granger. Acabo de recibir un anónimo urgente.

—¿Un anónimo? ¿Qué dice?

—Vamos inmediatamente para Arizona.

—¿Por qué?

—Parece que un saboteador... va a volar la presa nueva sobre el Colorado y el Gila...

CAPITULO X

EL helicóptero sobrevoló la zona rápidamente, buscando un punto idóneo para posarse.

A bordo, Marsh, el inspector Granger y la propia Sheena Kane, que no había querido quedarse en California, contemplaban con ojos escudriñadores el curso violento del Colorado y el menos torrencial del Gila, allí donde se alzaba la nueva mole del muro de cemento de la gran presa.

—Allí es —dijo roncamente Marsh—. Todo parece en orden...

—Espero que esté realmente en orden, Marsh —suspiró Granger—. Otro sabotaje hará saltar en sus sillas a los jefes de la Oficina Federal y nos costará un formidable rapapolvo.

—¿Se ha montado guardia alrededor?

—Sí, pero muy disimulada. No se descubre ni siquiera desde el aire. Por si acaso a nuestros saboteadores se les ocurre utilizar otra vez avionetas, antes de iniciar el ataque de la presa.

—¿Podría haber sido una falsa alarma?

—Bueno, sí, podría haberlo sido, pero no lo creo.

—¿Y una trampa para alejarnos de otro lugar donde realmente lleven a cabo el sabotaje?

—Tampoco me parece plausible. Pero todo podría ser, naturalmente. El corazón, sin embargo, me dice que va a ocurrir ahí. Precisamente ahí, Marsh.

—Sí, también a mí —musitó Sheena Kane apagadamente—. Es una simple corazonada, Marsh... Y yo me fío de mis corazonadas.

—Bien, Dios quiera que sea así y podamos evitarlo —masculló el inspector. Luego, volvióse al piloto del helicóptero—. Pase de largo la presa y descienda tras aquella loma.

El piloto asintió. El helicóptero comenzó a sobrevolar la zona, en busca del llano que le señalaba el inspector federal...

Se aproximaron rápidamente a la pendiente de la loma. Empuñaban sus automáticas Granger y Dick Marsh. Detrás, Sheena se quedaba a la espera, junto al helicóptero y su piloto federal.

Asomaron por la loma. Ante ellos, majestuosa, la pared enorme de la presa, y el agua, brotando hacia las irrigaciones agrícolas y la industria hidroeléctrica.

—Me gustaría conocer el misterio de esas obras industriales tan maravillosas —masculló con irritación Granger.

—Yo creo saber ya algo —murmuró inesperadamente Marsh, ceñudo.

Su superior le miró vivamente.

—¿Cómo ha dicho? —masculló—. ¿Usted sabe algo, Dick?

—Es sólo una sospecha. Espero confirmarla hoy mismo. Aquí, en este lugar. Haya o no haya sabotaje, inspector...

—Cielos, valdrá más que no lo haya.

—No sé, no sé... —declaró dubitativamente Marsh, ante el asombro de su jefe, que ahora le contempló como si Marsh hubiera perdido totalmente la razón.

Iba a comentar algo, cuando Marsh hizo un vivo gesto y señaló a la distancia.

—Mire, inspector —avisó—. Parece que se inicia el drama...

Granger apretó los labios, sin comentar nada. Miró hacia donde señalaba Marsh con su índice.

Por el río, al pie del embalse gigantesco, emergía una figura oscura, apenas una sombra. Granger asestó los prismáticos allá.

—Un hombre rana —dijo—. Acaba de emerger.

Asintió Marsh, enfocando también allí sus binoculares. Luego, manifestó con voz grave:

—Lleva una voluminosa carga consigo. Y cables. Explosivos, sin duda alguna...

—Vino por el río... El único lugar no vigilado —masculló Granger furioso.

Extrajo el radioteléfono portátil. Extendió la antena. Comenzó a hablar con rapidez a las unidades federales desplegadas por doquier, en torno a la presa.

Marsh se mantuvo a la espera, prudente y en tensión. Preguntó a Granger, cuando éste hubo dejado de hablar:

—¿Ya comunicó con los Hancox sobre el intento de sabotaje de esta ocasión?

—No dije nada a nadie. ¿Por qué?

—Alguien se lo dijo, o ellos son muy listos y presienten las cosas —bromeó con frialdad Marsh—. Mire allá.

Granger se volvió hacia otro lado. Un avión color aluminio, con franja amarilla, aparecía en la distancia. Era una avioneta grande. Sobre su fuselaje se leía:

«HANCOX»

Solamente eso. Era bastante. Era el nombre de un imperio de riqueza, de oro, de industria y de poderío.

—¡Hancox aquí! —aulló Granger—. ¿Estará mezclado en el sabotaje?

—Pronto vamos a saberlo —sonrió Marsh, pensativo.

Siguieron a la expectativa. El submarinista se había acercado al pie de la presa, como un pigmeo ante un coloso sin fin. Aplicó algo junto a las enormes moles de cemento. Manipuló largo rato, en silencio.

—Vamos —invitó Granger duramente—. Ha llegado el momento. ¡Al helicóptero!

Corrieron al helicóptero, en el que subieron rápidamente, emprendiendo el vuelo con celeridad, en dirección a la presa. El avión de los Hancox describía círculos en torno, pero aún no debían haber vislumbrado al hombre situado al pie del gran muro.

—Eso tenemos de ventaja —comentó Dick Marsh, pensativo. Estudió la presa, la situación del hombre en las aguas, aplicando los explosivos a la mole de cemento y hormigón—, Esperemos llegar a tiempo.

—Llegaremos a tiempo —aseguró Granger—. Ya están impartidas las órdenes. En un momento rodearán el lugar, capturarán al saboteador y desconectarán los explosivos.

Marsh no dijo nada, limitándose a mirar allá abajo, al río y a la presa. Finalmente, el helicóptero sobrevoló la presa. Se vio correr al hombre rana. Alcanzó la orilla.

De entre cactus y vegetación ribereña, surgieron los agentes federales, rodeando al hombre, que pretendió huir al principio. Luego, alzó sus brazos, rindiéndose, y señaló al río.

Los federales se dispusieron a ir en esa dirección.

El helicóptero planeó, posándose sobre el terreno inmediato a la presa. Se lanzaron al exterior, rápidamente, Granger y Marsh. Alcanzaron a los federales y al hombre rana, cuya máscara de goma y vidrio había caído, revelando un rostro joven, agresivo, con el inconfundible aire de una familia famosa.

—Un Hancox —dijo Granger con ira—. Amos Hancox, ¿no?

—El mismo, sí —asintió él con sonrisa desafiante.

Marsh llegó ante él. Le pregunto escueto, frío:

—¿Y Hazel?

—¿La chica teñida de púrpura? —rió Amos—. Está a salvo. La envié a Los Angeles ya. Allí la tendrá esperando. Usted es Dick Marsh, ¿no?

—El mismo. ¿De modo que usted es el saboteador de todas las obras de ingeniería para la industria?

—Sí, Marsh. Yo soy. Yo fui siempre..., excepto en los astilleros donde un hombre se suicidó. Era otra clase de sabotaje. Obra de otros...

Miró al avión aluminio y amarillo y rió entre dientes.

—Vamos, desmonten los explosivos —dijo Granger a sus hombres—. Están ahí, al pie de la presa.

—Perderá su tiempo, inspector. Y correrán todos peligro de morir. El explosivo no está ahí.

—Está mintiendo.

—Digo la verdad. Todo eso era para disimular, ¿no lo entiende aún? Está ahí, en el fondo del río...

—Es falso...

—No, Granger, no es falso —terció Marsh vivamente—. Creo que dice la verdad. Está ahí, en el río. Ha dinamitado el fondo y luego nos ha hecho una pantomima para que alguien la creyese. ¡Vamos de aquí o volaremos con la presa!

—Pero eso... eso es criminal, monstruoso... —jadeó Granger.

—Evacúen la zona —avisó tranquilo Amos—. Hay tiempo de salvarse si obran a tiempo. Lo demás no será destruido. Sólo la parte que debe ser destruida para siempre...

—Vamos ya —avisó Marsh con energía—. Hágle caso, inspector. Él dice la verdad...

Se alejaron hacia el helicóptero. Los federales se dispersaron. El avión aluminio y amarillo sobrevolaba la presa...

Minutos más tarde, reventaba violentamente la base de la presa, y una boca de agua tumultuosa corría a extenderse por las secas llanuras. Se desplomó parte del lado inferior del gran muro, pero eso fue todo.

Marsh y los demás se posaron a distancia ahora. No lejos de ellos planeó el avión de los Hancox y tomó tierra.

De su interior surgieron Prentiss, Leilah Hancox... y el inválido S.R. Hancox, que se quedaron estupefactos, viendo la terrible voladura.

—Ustedes... —jadeó Hancox, volviéndose a ellos, furioso—. Ustedes tuvieron la culpa de que eso sucediera otra vez... Otra obra magnífica mía, destruida por un loco.

—Destruída por su hijo Amos, Hancox —dijo Marsh fríamente.

—¿Qué? —aulló el millonario, lívido.

—Sí, padre —habló Amos serenamente—. Ya iba siendo hora de que esto terminase. Era criminal que sucediera esto. No debía continuar... Señores, yo acuso a mi familia, a Turnbull y a un sector de militares secretamente asociados, de planear la conquista de los Estados Unidos en un golpe de Estado, con el asesinato del presidente de la Nación como una de sus metas.

CAPITULO XI

PERO... ¿qué está diciendo? —aulló el millonario, desorbitando los ojos, clavados en su hijo.

—Lo siento, padre. Es la verdad, y debe decirse —recitó fríamente el joven—. Todo esto formaba parte de una terrible conspiración, Marsh. Se unieron Wellman y un grupo de militares descontentos, junto con los magnates Turnball y Hancox, que fingían ante todo el mundo ser enemigos irreconciliables, cuando no era así. En cada obra, en cada donación al país, lo que hacían realmente era dejar construidas las cámaras secretas, refugios nucleares para cuando lanzasen un ataque nuclear que les diera el mando de la Nación. Esos militares mezclados en el asunto no eran tan dignos como parecen, sino auténticos partidarios neo-nazis, dispuestos a implantar una nueva forma de gobierno en este país.

—Pero eso suena a demencia... —dijo Granger.

—Era una demencia, pero la estaban llevando a cabo sin que nadie se diera cuenta de ello. Su fabulosa fortuna y la unión de todos los desaprensivos ambiciosos, iba a dar resultados brillantes. Así se hizo todo, pero algo les falló. Carter Kane, su cómplice en el juego, el creador del ingenioso sistema de introducir en la obra unos compartimentos secretos, futuros refugios nucleares, era el único que, aparte de ellos, conocía el plan. Se asustó y quiso revelar lo que sucedía. Telefonó a Miller y le informó, pero ellos asesinaron a Kane y a Miller. Ya nadie lo sabía..., excepto yo, que había descubierto el secreto de Carter revisando sus pertenencias.

—No pueden creer a mi hijo. Es un loco, un borracho...

—Soy un borracho, pero no un loco —silabeó él, rotundo—. Digo la verdad señores. Toda la verdad. Yo acuso a mi familia de ser culpables de ese vasto plan de poder. Arréstenlos bajo mi responsabilidad. A todos..., excepto a mi hermana Leilah, que nada supo jamás de todo ese sucio complot...

Los federales miraron indecisos a Granger. Este, a Marsh. El agente federal millonario asintió con la cabeza.

—Háganlo —dijo—. Arresten a todos esos hombres. Y usted, Granger, ordene el arresto urgente de Turnball, de Wellman y los demás encartados que mencione Amos Hancox.

—Marsh, ¿cree que está bien lo que hacemos?

—Creo que está perfectamente, sí. Háganlo. Eso creo que cerrará definitivamente el caso...

* * *

—¡Oh, jefe!

Impulsivamente, ella se echó en sus brazos. Aún llevaba la túnica roja, y debajo su carne tersa, su piel cálida y turgente. La abrazó Marsh, complacido.

—Bueno, no es frecuente este modo de saludarse entre secretaria y jefe, pero, tras lo sucedido, bien merece la pena demostrarnos algo de afecto —rió él, sardónico—. ¿Cómo fue todo, Hazel?

—Perfectamente, Marsh. Él no me hizo nada. Me atendió, me contó una extraña, una fantástica historia...

—Una historia verdadera. Hecha de conspiradores, de refugios nucleares, de un ataque nuclear con proyectiles robados al Ejército, con planes hurtados del Pentágono. Y con todo ello, el asesinato del presidente, el caos de la Nación, el triunfo de un nuevo nazismo totalitario en los Estados Unidos...

—¿Hubiera resultado?

—Eso nunca se sabrá. Pero iban a intentarlo. Y Amos, de una rara forma de reaccionar, como supo que nadie creería en su palabra, actuó como saboteador, destruyendo todo lo que construían sus familiares y Turnball, socios principales en el futuro complot minuciosamente dispuesto.

—Cielos, es increíble —musitó con horror ella.

—Increíble. Pero iban a realizarlo pronto. Justamente cuando terminasen otra obra cerca de Washington.

—Sí, entiendo... Cielos, hubiera sido una pesadilla espantosa.

—Y un despertar aún peor. Armas nucleares, caos, destrucción, muerte, tiranía... Afortunadamente, nunca pasó de la teoría. La práctica, se encargó Amos de desbaratarla. Sospeché algo cuando supe que Wellman también encargaba trabajos a los arquitectos y

personal de la empresa de Kane. Indudablemente, estaban también en el gran complot, ganados por el dinero de Hancox...

—Y ahora, ¿qué va a suceder?

—No sé. Supongo que Amos pagará en parte lo que hizo, pero saldrá en breve, a unirse con Sheena. Y que Leilah, por suerte para ella, no se unirá a Prentiss, y en cambio será la nueva rectora de los destinos de los Hancox. Espero que lo haga mejor que los demás, en cuanto a honradez y rectitud.

—¿Y usted?

—Yo, vuelvo a mis vacaciones —sonrió Marsh, risueño.

—Oh, ya era hora, jefe...

—Sí, creo que iba siendo hora... —se tocó la nuca—. ¿Sabes, Hazel? El cuello me duele otra vez terriblemente...

—Venga conmigo, jefe. Le daré otro masaje...

Marsh suspiró. Y la siguió, complacido.

CONCLUSION

CREO que nunca le estaremos todos lo bastante agradecidos, Marsh.

—¿A mí? ¿Por qué motivo? Creo que Amos hizo absolutamente todo en este asunto, inspector Granger.

—No, Amos no. Nadie le hubiera creído, de no apoyarle usted. Cuando el viejo Hancox, rabioso, terminó por confesar, maldiciendo a su hijo, respiramos aliviados. Ese muchacho tenía tan mala reputación...

—Sí, eso a veces es perjudicial. En cambio, Wellman ya ve si iba bien con su impecable prestigio de militar intachable...

—Eran él y cinco altos jefes más, descontentos con el Gobierno federal. Los demás jefes del Pentágono han cooperado a que se demuestre su culpa terrible, y se les haga un sumarísimo consejo de guerra.

—¿Y el viejo Hancox?

—Posiblemente su parálisis y su edad le libren de la muerte. Además, por consideración a su hijo Amos, que ha demostrado ser mejor de lo que nadie pensaba, aunque su procedimiento de llevar a cabo sabotajes no fuese precisamente muy ortodoxo.

—¿Y el sabotaje de los astilleros?

—Obra de Wellman y de Hancox, y lo confesaron. Su hombre se suicidó porque así estaba ya dispuesto en los planes de la organización.

—Hubiera sido algo terrible que hubiesen llegado a triunfar, descargando un difícil golpe por sorpresa. Prácticamente, cada refugio antinuclear podía convertirse en punto de partida de un ataque, y estaban diseminados por toda la geografía americana. No había escapatoria posible.

—El presidente va a llamarnos a su presencia, Marsh. A usted y a mí.

—Bueno, no me gustan mucho esos protocolos —suspiró el agente federal millonario—. Pero si no hay más remedio...

—No hay más remedio, ciertamente—convino con énfasis Granger, mirando afable a su subordinado—. Cielos, qué bien hice en ir a buscarle aquel día a su casa, aunque le estropeé en parte las vacaciones..,

—Olvídelo, Granger. Les ayudé gustoso, porque era ayudarme a mí mismo, ayudar al país... y cumplir con mi deber de federal. Recuerde que, ante todo, soy agente del F.B.I., no un millonario casual. Los millones no significan nada si no hay un ideal limpio y honesto atrás. Por eso los Hancox se desmoronaron al final, como un coloso con pies de barro...

—Sheena Kane está esperando a Amos muy ilusionada.

—¿Y Leilah?

—Se resigna. Y se siente feliz por haber descubierto a tiempo la clase de novio que tenía. En realidad, creo que todo ha ocurrido como mejor podía suceder para satisfacción de todos.

—Sí, creo que sí —Marsh tomó la mano de su secretaria Hazel—. Incluso para mí...

—Vaya, eso sí que es una sorpresa...

Hazel sonrió abiertamente, rodeando a su jefe con sus brazos.

—También lo fue para mí, inspector —aseguró, muy seria—. Una gran sorpresa, esté seguro de ello...

Luego Marsh y ella se rodearon mutuamente, en un firme abrazo. Granger se retiró lentamente.

Cuando ellos se besaron, uniendo sus bocas largamente, el inspector federal abandonaba ya la lujosa casa de Beverly Hills.

Consideraba que había llegado el momento de que Marsh disfrutara, al fin, de sus bien ganadas vacaciones.

Y, sobre todo, en compañía de Hazel, su hermosa secretaria. Quizá, en breve, su muy hermosa mujer...

FIN



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.

Notas

[1] En inglés, Howard «Cerebro» Prentiss.. < <